

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA ECONÓMICAS, A. C.



**VIOLENCIA CONTRA CULTURAL:
DOS EXPRESIONES NACIONALISTAS
LOS NACIONALISMOS VASCO Y CATALÁN
BAJO EL FRANQUISMO (1939 – 1975)**

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**L I C E N C I A D O E N C I E N C I A P O L Í T I C A
Y R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S**

P R E S E N T A

JORGE ALBERTO GRAYEB MUNAYER

DIRECTOR DE LA TESINA: MTRA. GUADALUPE GONZÁLEZ GONZÁLEZ

MÉXICO, D.F.

JUNIO 2006

A mis padres y hermana,

A mi familia y amigos,

A Farah,

A Regina, el regalo más hermoso...



Mi agradecimiento especial a la Mtra. Guadalupe González por haber rescatado este trabajo de titulación, por su compromiso y apoyo constantes.

Al Dr. Jean Meyer y al Dr. José Antonio Aguilar por aceptar ser lectores de mi trabajo. Un honor contar con ustedes.

Al Dr. Guillermo Trejo y al Dr. Josep M. Colomer por sus aportaciones y sugerencias para enriquecer esta tesina.



A Mónica, por su amistad incondicional y por prestarme su talento único al diseñar el formato de mi trabajo.

● Índice

I. Introducción	25
II. Marco conceptual: definiciones y conceptos básicos	25
III. Nacionalismo y violencia: enfoques teóricos alternativos ..	51
a) Revisión crítica de la literatura	51
b) Marco Analítico	57
<i>b.1) El poder de la cultura</i>	57
Explicación cultural sobre la violencia étnica	62
<i>b.2) La violencia como elección racional</i>	68
<i>b.3) Las instituciones y sus efectos sobre la violencia</i> ..	76
c) Elementos para un enfoque analítico alternativo:cultura e instituciones políticas	82
IV. Perspectiva histórica: “España, una, grande y libre”	87
V. El nacionalismo vasco	109
¿Cómo explicar la violencia?	121
VI. El nacionalismo catalán	133
La expresión cultural y la participación política como estrategia dominante: ¿Por qué?	148
VII. Conclusiones	157
VIII. Bibliografía	167

*A falta de historia patria,
buenas son las leyendas.*

*La literatura crea mitos
que sustituyen con ventaja
a la historia.*

Juan Vicente de Araquistain
(Leyendas vasco-cántabras, 1866)



I. Introducción

¿Por qué el nacionalismo vasco opta por la violencia y el catalán no? Ésta es la pregunta central de la siguiente investigación que intenta estudiar la diferencia fundamental entre dos expresiones nacionalistas dentro de un mismo país: España. Mucho se ha escrito al respecto de esta paradoja y diferentes autores han considerado distintas variables para explicarla, entre ellas la represión estatal sistemática por parte del régimen franquista frente a las expresiones nacionales autonómicas o la existencia de valores culturales compartidos al interior de cada comunidad regional.

El estudio se centra en los años de la dictadura de Francisco Franco (1939-1975) y en específico estudia las circunstancias que provocaron el surgimiento de una expresión nacionalista violenta en el País Vasco (mediados de los años sesenta). La comparación con el caso catalán permite definir las condiciones que fomentaron tanto el surgimiento como el arraigo de la violencia en el País Vasco, y la ausencia de este fenómeno en Cataluña.

Este análisis propone como hipótesis central la interacción de dos variables de tipo distinto, una cultural (identidad cultural fuerte, expresada principalmente en la lengua) y una institucional (papel de partidos políticos regionales) para explicar la elección de estrategias violentas o no violentas de acción por parte de cada grupo nacional analizado. Como hipótesis alternativa, el estudio critica el papel central que algunos argumentos le dan a la represión estatal del régimen de Franco como factor explicativo de las diferencias entre los dos nacionalismos aquí estudiados.

El presente análisis ofrece elementos analíticos y empíricos que ponen en duda el argumento desarrollado por otros estudios sobre el tema, los cuales afirman que la represión franquista en contra de vascos y catalanes presentó niveles radicalmente distintos que orillaron al nacionalismo vasco a optar por la violencia. Estos estudios muestran acertadamente que la represión estatal, que respondía a los objetivos integradores y unitaristas del régimen de Franco, es el factor que contrario a su objetivo, provocó el fortalecimiento, la revaloración y la reconstrucción de las aspiraciones nacionalistas de vascos y catalanes, entre otras comunidades dentro de España.

Sin embargo, el presente análisis no considera que esta variable logre explicar el vuelco hacia la violencia y su posterior

arraigo social en el País Vasco, ni considera que explique el carácter primordialmente cultural y relativamente pacífico del nacionalismo catalán. Si ambas comunidades estuvieron sujetas a la represión franquista, ¿por qué surge y se arraiga una expresión nacionalista violenta en el País Vasco y no en Cataluña? Ésta es la pregunta que tratará de responder el presente estudio utilizando otros factores explicativos.

La elección de los casos de estudio permite controlar aspectos que podrían intervenir en una explicación sobre las diferencias en las expresiones nacionalistas. Tanto vascos como catalanes son dos comunidades nacionales históricas que se encuentran dentro del mismo país, es decir, ambas comunidades han estado sujetas al mismo proceso histórico de construcción del estado nacional en España y han estado sometidas al mismo orden institucional de autoridad central a lo largo del tiempo.

Esto permite definir entonces una paradoja evidente, ya que dos comunidades nacionales dentro de un mismo contexto institucional e histórico revitalizaron sus expresiones nacionalistas durante el régimen dictatorial de Franco, pero optaron por estrategias de lucha, supervivencia cultural y presión política completamente distintas. Esto habla de ciertas

condiciones (demográficas, geográficas, culturales, políticas y/o institucionales) que diferencian ambos nacionalismos y que podrían explicar porqué siguieron caminos distintos.

Para entender el vuelco hacia la violencia en el País Vasco, esta tesis argumenta la interacción de una identidad cultural débil (manifestada en una lengua autóctona no dominante) con el papel de los partidos políticos regionales. Es decir, considera que la inexistencia de una lengua dominante hablada por la mayoría de los vascos (condicionante directo de la ausencia de valores culturales compartidos) y la ausencia también de canales institucionales viables de expresión de demandas políticas, son los factores que determinaron que el nacionalismo vasco optara por una estrategia violenta de lucha a diferencia de la posición pacífica manifestada por el nacionalismo catalán.

La variable de tipo cultural es necesaria en la explicación para analizar las condiciones en las cuales la violencia funge como factor de cohesión social en ausencia de valores culturales compartidos. En este sentido, Conversi en su libro *The Basques, The Catalans and Spain* (2000) argumenta que la presencia de valores culturales fuertes y compartidos (expresados en el papel central de la lengua) permite explicar la formación de un

nacionalismo pacífico en Cataluña, mientras que la ausencia de éstos podría explicar la propensión violenta del nacionalismo vasco. Se trata de una variable necesaria más no suficiente. Son los líderes nacionalistas quienes, al no poder acudir al apoyo de un sustrato social cohesionado por sus valores culturales, deciden utilizar estrategias violentas como aglutinadores del pueblo vasco. Es claro que la violencia no era la única estrategia posible, ni la más efectiva para cohesionar a la sociedad vasca, sin embargo constituyó una opción efectiva en sus inicios al contar con apoyo social importante.

Por otro lado, el estudio intenta profundizar el análisis sobre el papel de los partidos políticos regionales como intermediarios entre el gobierno central de España y las comunidades autónomas. Es decir, se analiza este factor considerándolo una variable institucional clave para entender el surgimiento de un grupo disidente sin canales institucionales viables que opta por una estrategia violenta de acción.

El argumento que se desarrolla en este estudio afirma que la existencia de una pluralidad de partidos políticos en Cataluña, identificados con las aspiraciones nacionalistas de la sociedad civil catalana y en concordancia con la expresión cultural de

este nacionalismo, consolidó un canal institucional como el receptor de las demandas de oposición nacionalista al régimen autoritario de Franco. No obstante que muchos de estos partidos se crearon, actuaron y sobrevivieron en la clandestinidad durante la dictadura, éstos constituyeron los representantes legítimos del nacionalismo catalán. Asimismo, fueron los aglutinadores de las demandas nacionalistas y de oposición a la dictadura, fueron quienes reclutaron a las nuevas generaciones más radicales y por ello contaron con apoyo social al identificarse directamente con las aspiraciones y proyectos nacionalistas de la sociedad catalana.

En el País Vasco, por el contrario, había sólo un partido nacionalista regional bien organizado y consolidado al momento de la dictadura, el PNV (Partido Nacionalista Vasco), lo que limitaba los espacios institucionales para la expresión de las diversas voces o corrientes políticas dentro del movimiento vasco. Posteriormente, este canal se fue agotando debido al desencanto de nuevas generaciones y a la frustración respecto de las estrategias y logros del PNV frente a la dictadura, con lo cual este partido perdió la legitimidad como representante del nacionalismo vasco. En este caso, el canal institucional existente no fue un aglutinador de demandas, no estaba identificado con las aspiraciones nacionalistas

de algunos sectores de la sociedad vasca y, por lo tanto, se abrió la puerta hacia estrategias más radicales de lucha y supervivencia cultural que desembocaron en la violencia.

El PNV se constituyó como monopolizador de las opciones políticas regionales en el País Vasco, y se mostró como un partido poco flexible e incluyente. No tuvo la capacidad de reformarse ni de incluir a nuevos grupos sociales, en específico los jóvenes, ni fomentó la creación de otras organizaciones y partidos de carácter nacionalista. Simplemente monopolizó la representación política del movimiento nacionalista vasco, impidiendo así la creación de una diversidad de opciones y de un ambiente político más plural y abierto como en el caso catalán.

Este estudio, entonces, tiene como objetivo profundizar el análisis culturalista de ambas comunidades como enfoque explicativo útil para entender la existencia o ausencia de estrategias violentas de acción. Asimismo, el estudio intenta profundizar en el análisis institucional del tema abordando el papel de los partidos políticos regionales para no considerarlos simples actores relevantes, sino un factor explicativo real de las diferencias entre el nacionalismo vasco y catalán. Se trata, por tanto, de una explicación teórica que combina los factores culturales con variables políticas e institucionales.

Dado que el presente análisis se concentra únicamente en dos casos de estudio e investiga las condiciones particulares de los nacionalismos vasco y catalán, no pretende brindar una explicación generalizable a una gama mayor de casos. Sin embargo, considera que el estudio de las variables antes descritas podría ayudar a entender fenómenos similares de expresiones nacionalistas en otras partes del mundo. Asimismo, este estudio se inserta en un tema que cuenta con una vasta literatura, por lo que no considera que la explicación aquí desarrollada sea la única posible o la más plausible para un número significativo de casos o situaciones distintas.

Siendo el nacionalismo y la violencia objetos de estudio complejos, es indudable que la gama de factores explicativos potenciales es enorme. Por esta razón, el diseño de esta investigación concentra la atención en el impacto o la influencia de dos tipos de variables que al interactuar podrían dar una respuesta coherente en términos analíticos y empíricamente plausibles a la pregunta de investigación que inspira este estudio. Es una investigación basada principalmente en fuentes secundarias y en un análisis de tipo histórico considerando la ausencia de datos estadísticos precisos para el periodo cronológico estudiado y

tomando en cuenta la dificultad de contar con información de fuentes primarias sobre el tema.

En la siguiente sección de la tesis se desarrolla el marco teórico del estudio en donde se definirán conceptos clave utilizados en el argumento central (nación, nacionalismo, etnia, entre otros) con base en una revisión crítica de la literatura académica básica sobre el tema. El tercer capítulo plantea en forma precisa el marco analítico que guía toda la investigación empírica y el análisis comparativo de los casos, y describe la hipótesis alternativa referente al papel de la represión estatal. Asimismo, se revisará la literatura académica correspondiente a distintos enfoques explicativos para retomar algunas de ellas en la presente explicación.

El cuarto capítulo hace un recuento histórico de los antecedentes inmediatos a la instauración de la dictadura del Gral. Francisco Franco, así como una descripción de los componentes básicos de este régimen autoritario y su relación con las comunidades autónomas, en especial Cataluña y el País Vasco. Posteriormente, cada caso de estudio está desarrollado en un capítulo propio, comenzando con el desarrollo histórico de ambos nacionalismos desde el siglo XIX y hasta los años de la

dictadura franquista, para continuar con la explicación del caso a la luz de las teorías descritas en el marco analítico.

Finalmente se dará paso a las conclusiones generales del estudio. En ellas se enfatiza la importancia de la cultura como antídoto contra la violencia, es decir, se destaca la importancia de un sustrato cultural fuerte como base necesaria para la consolidación de un nacionalismo pacífico. La cultura se yergue como manifestación básica de un pueblo, de su identidad y especificidad, y cuando es un pilar fuerte de dicha identidad, permite ser utilizada como estandarte y expresión máxima de lucha frente a amenazas externas de aniquilación.

Cuando este factor cultural está ausente, pocas son las alternativas de lucha disponibles para un pueblo que enfrenta una amenaza de exterminio cultural, siendo una de ellas la violencia. La violencia se consolida como opción viable cuando otros métodos de supervivencia o estrategias de negociación fallan; además, utilizada de forma calculada y envuelta en las justificaciones morales y políticas adecuadas, se yergue también como un factor de cohesión social importante. Finalmente, la cultura y la violencia cumplen con el mismo propósito, cohesionar

una sociedad en torno a demandas y propósitos comunes, pero echan mano de estrategias diametralmente opuestas. 🤖

I ● Marco conceptual: ● definiciones y conceptos básicos¹

En esta sección se definirán los conceptos básicos para abordar el tema central de análisis del presente estudio, esto es, la relación entre nacionalismo y violencia. Servirá para aclarar y precisar algunos conceptos básicos que intervienen en la explicación y que son cruciales para entender los argumentos. El concepto de nacionalismo no ha contado con una definición consensual por lo que ha adoptado significados muy variados haciéndolo un concepto ambiguo. La dificultad central del estudio de naciones y nacionalismos ha sido, precisamente, el no contar con definiciones adecuadas y consensuales de estos conceptos clave.

¹ Basado en:

Benedict Anderson, Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Ernest Gellner, Naciones y Nacionalismo, México, Alianza Editorial, 1991.

Michael Hechter, *Containing Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *The Invention of Tradition*, Nueva York, Cambridge University Press, 1993.

Eric Hobsbawm, Naciones y Nacionalismo desde 1780: Programa, mito y realidad, Barcelona, Crítica, 1998.

Eric Hobsbawm, "Ethnicity and Nationalism in Europe today", *Anthropology Today*, Vol. 8, No. 1 (Feb., 1992).

La siguiente revisión de la literatura académica sobre el tema intentará retomar las definiciones y conceptos clásicos de nación, etnia, nacionalismo e identidades nacionales y étnicas como marco teórico para el estudio de los casos vasco y catalán. En el centro del debate conceptual reside la manera de entender los mecanismos causales que intervienen en el proceso de construcción de los diversos tipos de identidades culturales, sociales y políticas. En general, la mayor parte de los analistas comparten el supuesto de que la nación y el nacionalismo constituyen construcciones sociales.

Ernest Gellner ofrece algunas de las definiciones básicas para cualquier estudio sobre naciones y nacionalismos. La nación, en su visión, no es una entidad natural sino una construcción social definida por un grupo de personas que comparten una cultura, a la cual define como “sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación”. Asimismo, ofrece otra definición de tipo voluntarista que especifica que la nación surge *si y sólo si* los miembros se reconocen como parte de la misma, es decir, “Una simple categoría de individuos (por ejemplo, los ocupantes de un territorio determinado o los hablantes de un lenguaje dado) llegan a ser una nación si y cuando los miembros

de la categoría se reconocen como mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros” (Gellner, 1991, 20)

El estado es definido como “aquella institución o conjunto de instituciones específicamente relacionadas con la conservación del orden (aunque pueden estar relacionadas con muchas más cosas)” (Gellner, 1991, 17) En su visión, el estado y la nación emergen de forma independiente, no son lo mismo ni son necesidades universales, aunque el principio del nacionalismo sostenga que no pueden existir de forma separada. Gellner considera que ciertamente hay naciones que han emergido sin la presencia de un estado, y que existen estados no fundamentados en la idea de nación.

Pocas culturas coinciden con estados nacionales en el mundo debido a la enorme variedad y a la coexistencia de muchas de ellas dentro de una misma entidad política. Para una comunidad nacional es sumamente ventajoso controlar al estado, la organización política más poderosa, ya que esto implica un reconocimiento externo e interno del valor, la autenticidad y la viabilidad política de su propia cultura. Es así que nacen los intentos de dominación por parte de una cultura sobre las demás

para tomar control de un estado, o los intentos de crear un estado que coincida con las necesidades de una cultura específica.

Los argumentos de Gellner sostienen que toda sociedad industrial (basada en sistemas productivos acumulativos de ciencia y tecnología) requiere para funcionar de división del trabajo, movilidad social e innovación, para lo cual necesita de una ciudadanía racional, ordenada y eficiente en su comportamiento y en sus concepciones. El estado promueve la creación de esta ciudadanía a través de un sistema central que brinda educación laica y gratuita, y que construye así la idea de nación.

El proceso de construcción y unificación nacional es un proceso de arriba a abajo, es decir, proviene del estado y no de factores sociales. El autor define tres condiciones básicas para concretar un proceso exitoso de construcción de una nación con consciencia de si misma: un mercado laboral no etnificado ², un sistema educativo nacional centralizado y una burocracia estatal generadora de códigos aplicables y comprensibles a la sociedad entera. (Gellner, 1991, 41-45)

² Es decir, que exista movilidad laboral y acceso a buenas oportunidades de empleo de forma equitativa para todo grupo étnico dentro de un mismo estado. Que la diferencia étnica de una sociedad no se yuxtaponga con diferencias económicas, es decir, evitar que un grupo siempre esté en desventaja económica frente a otro por su origen étnico. Esto crea frustraciones en el grupo en desventaja que no permiten su inclusión en una identidad nacional y es fuente potencial de conflictos y violencia étnica.

La cuestión lingüística, íntimamente ligada a la idea y construcción de la nación, es importante para el estado. Es el sistema educativo central quien promueve el aprendizaje de una lengua franca común para toda la ciudadanía. Al estado le conviene la existencia de una lengua franca, ya que al existir diferentes lenguas dentro de la misma entidad política se reducirán los incentivos de obediencia por parte de sectores de la sociedad que no comprenden la lengua oficial. Asimismo, en términos capitalistas, la existencia de una lengua común facilita la coordinación al interior de las fábricas e industrias donde trabajan personas de orígenes y lenguas diferentes. Es decir, una lengua común eficientiza los procesos industriales prestándole un gran servicio a los intereses económicos nacionales. (Gellner, 1991, 53-57)

Es así como el nacionalismo moderno es producto directo de las necesidades de la sociedad industrial. Gellner lo define como el “principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política” (Gellner, 1991, 13), es decir, para cada nación un estado y para cada estado una nación. Sostiene además que “el nacionalismo sólo emerge en situaciones en las que la existencia del estado se da ya por

supuesta. Condición necesaria, aunque no suficiente en absoluto, del nacionalismo es la existencia de unidades políticamente centralizadas y de un entorno político-moral en que tales unidades se den por sentadas y se consideren norma” (Gellner, 1991, 17), es decir, sin la presencia del estado no surge el nacionalismo.

Este principio se enfrenta a la enorme cantidad de naciones que existen, que son consideradas como tales, y que no coinciden necesariamente con una entidad política, ya que para Gellner un grupo nacional que vive en estados distintos no constituiría una nación. El sentimiento nacionalista es definido por el autor en términos de la interacción de la política con la cultura, en sus palabras “Sentimiento nacionalista es el estado de enojo que suscita la violación del principio (nacionalista) o el de satisfacción que acompaña a su realización”. (Gellner, 1991, 13) Finalmente, el autor considera que la nación no puede ser definida sin la existencia previa del nacionalismo, es decir, de la ideología que inventa a la nación y la inculca dentro de un grupo para dotarlo de una conciencia propia.³

³ “El nacionalismo engendra a las naciones, no a la inversa [...] aprovecha -si bien de forma muy selectiva, ya a menudo transformándolas radicalmente- la multiplicidad de culturas, o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente. Es posible que se haga revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren esencias originales completamente ficticias.” (Gellner, 1991, 80)

Las ideas de Gellner no consideran que el nacionalismo sea una consecuencia secundaria o lateral del proceso de industrialización, sino que es un resultado positivo de éste. Es decir, la industrialización crea al nacionalismo y lo utiliza como herramienta para consolidarse a sí misma mediante la homogeneización de la sociedad en torno a ciertos valores, identidades y a una lengua común que facilitan la modernización y el desarrollo económico. El nacionalismo no es quien impone la homogeneidad social, sino al contrario, es la búsqueda de la homogeneidad social por parte del estado quien produce la ideología nacionalista.

Sus argumentos se contraponen a las concepciones marxista y liberal del nacionalismo, ya que ambas teorías consideraban que el nacionalismo iría decayendo hasta extinguirse. El marxismo atribuía esta decadencia a la naturaleza de los trabajadores como unidades homogéneas no diferenciadas por nacionalidades, con movilidad territorial y sin arraigo local. El liberalismo consideraba que el incremento del comercio entre países provocaría más riqueza, mejores niveles de vida y más intercambio entre sociedades, lo cual disminuiría los miedos y las malas percepciones creadas por las fronteras políticas haciendo

irrelevante al nacionalismo. Para estas dos concepciones, el nacionalismo es una aberración, mientras que Gellner trata de demostrar lo contrario, es decir, que la industrialización y sus consecuencias no debilitan sino que fortalecen al nacionalismo como herramienta político-ideológica al servicio del estado y del proceso de industrialización mismo. (Menes, 1985, 721)

Eric Hobsbawm, retomando las definiciones de Gellner, considera que el sustento de una nación es su pasado, es lo que la justifica frente a las demás. Asume que la nación no es “una entidad social primaria ni invariable, sino que corresponde a un periodo concreto y reciente desde el punto de vista histórico” (Hobsbawm, Naciones y nacionalismo desde 1780, 1998, 17-18) Concuera con Gellner al recalcar el “elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones”. (Hobsbawm, 1998, 18) Es decir, considera que la manipulación histórica es parte de la creación de una identidad nacional, ya que el pasado no siempre está de acuerdo con los intereses nacionalistas, con lo que éstos quieren destacar o enfatizar respecto de la identidad nacional. (Hobsbawm, *The Invention of Tradition*, 1993, 4)

Según este autor, la concepción actual de nación está basada en principios etno-lingüísticos, sobre todo en Europa. La

lengua es una herramienta básica de expresión de la etnicidad, así como la sangre que comparte el grupo, con lo cual se convierte en pilar básico de las identidades nacionales. (Hobsbawm, *Ethnicity and Nationalism in Europe today*, 1992, 1) Sin embargo, las lenguas pueden ser producto de sistematizaciones más modernas (propias del siglo XIX en Europa) y no siempre pueden demostrar diferencias étnicas entre pueblos, por ejemplo entre Serbios y Croatas, dos pueblos que hablan lenguas diferentes pero que comparten los mismos orígenes étnicos. (1992, 1-2)

Los movimientos separatistas en Europa se basan principalmente en su componente étnico, el cual está definido por sus diferencias lingüísticas, culturales y hasta raciales frente al pueblo que los absorbe, como en el caso de los vascos y los catalanes frente al pueblo español. Dicha diferencia étnica y cultural es lo que legitima sus aspiraciones de independencia política, ya que al ser una nación consideran justo conformar su propia entidad política.

La etnicidad posee, en la visión de Hobsbawm, distintos elementos definitorios, en principio, el parentesco o la sangre que dotan a un grupo étnico de semejanzas físicas o raciales evidentes. Sin embargo, considera que la base de la organización social de

cualquier grupo no es biológica sino cultural. Además, es casi imposible encontrar grupos étnicos puros, es decir, casi todas las poblaciones del mundo presentan cierto grado de mezcla racial, por lo que el autor considera que la sangre no puede reivindicarse como el componente básico de una identidad étnica, aunque es una parte sustancial de la misma. (1998, 71-76)

Hobsbawm define al nacionalismo como un programa político que propone la coherencia entre nación y estado, es decir, para cada nación un estado (a la manera de Gellner) (1998, 17) Se asume que la nación ejercerá la soberanía en un territorio bien delimitado sobre una población prácticamente homogénea. En sus orígenes, el nacionalismo en Europa estaba relacionado más con ideas revolucionarias y con instituciones políticas como en la Francia de principios del siglo X. Sin embargo, el fundamento teórico del nacionalismo cambió y la noción política del nacionalismo fue sustituida por la identidad nacional basada en la etnicidad (sobre todo en la lengua), siendo la Alemania de finales del siglo XIX el mejor ejemplo. El etno-nacionalismo se convirtió en un poderoso instrumento de unidad nacional y de patriotismo, es decir, en una herramienta ideológica efectiva para alcanzar propósitos políticos de integración y homogeneización cultural.

Para el autor, el nacionalismo es la construcción ideológica que define la relación Estado-individuo, y puede hacerlo de dos formas distintas: mediante la ciudadanía y mediante la etnicidad. La primera se refiere a la soberanía colectiva ejercida por la participación política activa (concepción de Europa Occidental y los Estados Unidos), y la segunda se refiere a la nación como portadora de lengua, historia e identidad cultural común (concepción de Alemania y Europa del Este) (1992, 4-5) Es decir, son dos formas de conceptualizar y de utilizar al nacionalismo, cada una enfatizando aspectos diferentes: la primera es una noción claramente política y jurídica de pertenencia a una nación por derechos civiles y no por nacimiento, y la segunda es una noción sociológica y antropológica de pertenencia a una nación por medio de la sangre.

Asimismo, Hobsbawm analiza el papel del “mito nacional”, el cual se refiere generalmente a un pasado glorioso y a la identidad nacional de un grupo, y advierte que muchas veces estos mitos son creados por líderes y políticos con propósitos muy claros. Es aquí donde se presenta la “invención de la tradición”, un factor presente en todo proceso de construcción nacional, tanto estatal como regional. Como en el caso vasco con la figura

de Sabino de Arana, los ideólogos o teóricos del nacionalismo pueden optar por cierta manipulación histórica para crear un mito nacional con el cual puedan identificarse y sentirse orgullosos los miembros del grupo. Esto le permite al grupo diferenciarse de otros y consolidar su identidad nacional. (1992, 2)

De acuerdo con Hobsbawm, no existen definiciones claras de nación y no siempre tuvieron el mismo sentido y el mismo objetivo. La nación empezó a definirse etno-lingüísticamente hacia finales del siglo XIX, pero antes constituía una noción mucho más incluyente de nuevos pueblos y nuevas unidades políticas y culturales, como en el caso de Estados Unidos. El autor hace, además, una diferenciación clara entre nacionalismo y etnicidad. Mientras que el primero constituye un programa político, y por ende es sujeto de estudio de la teoría política, la etnicidad no es un concepto político ni programático, sino que pertenece al campo de la sociología y la antropología social. (1992, 3)

La etnicidad se mezcla en el ámbito político cuando es asociada a programas nacionalistas y/o separatistas con fines claramente políticos. La etnicidad le brinda a estos movimientos los fundamentos culturales e históricos para legitimar sus demandas políticas, al ser el pilar básico de la identidad nacional.

La etnicidad es el componente que une a un grupo en un mismo sentimiento nacional y lo define frente a los demás, frente a los otros. Según Hobsbawm, “muchas veces es más claro lo que distingue a un grupo nacional de otros que lo que realmente tienen en común los miembros de dicho grupo”. (1992, 5)

Para este autor, la “etnificación” de la política ocurre por la competencia de diferentes grupos nacionales por los recursos del estado en que se encuentran. El constituirse como grupos nacionales bien consolidados e identificados interna y externamente aumenta su peso y poder de negociación frente al estado, brindándoles ventajas frente a otras comunidades nacionales. Esto no implica forzosamente que tengan que volcarse hacia el separatismo como proyecto político e instrumento de negociación, pero es claro que la competencia por recursos puede provocar la exaltación de sentimientos nacionalistas con propósitos políticos. Incluso en democracias bien consolidadas como Gran Bretaña y Estados Unidos, los partidos políticos apelan al componente étnico para aumentar sus bases de apoyo político. Es decir, revaloran la importancia de las minorías étnicas en sus países y tratan de incorporarlas como bases de apoyo para aumentar su poder.

La etnicidad puede convertirse en la semilla del separatismo político en ciertos contextos, por ejemplo, cuando un estado entra

en crisis derrumbando un sistema político, derrumbando fronteras y destruyendo un sistema de valores generalmente aceptado. Este fue el caso de la ex Unión Soviética o la ex Yugoslavia, dos países multiculturales que habían creado sistemas políticos, fronteras y sistemas de valores coherentes y comunes para sus poblaciones.

Una vez desintegradas las unidades políticas, cada pueblo se enfrentó a la incertidumbre total, refugiándose en la etnicidad (y también en la religión) como bastión último de su identidad y como último recurso para recuperar la certeza. Las fronteras políticas fueron redefinidas conforme a las fronteras étnicas subyacentes, con lo cual los grupos nacionales se convirtieron en grupos separatistas. Ante la destrucción de viejos valores e identidades, se crearon identidades basadas en la etnicidad para cohesionar nuevamente a grupos nacionales. (1992, 5)

Este puede ser el caso de la España posfranquista, en la cual las identidades nacionales se intensificaron fuertemente una vez que el régimen central se desmoronó. Pero incluso puede ser el caso de la España prefranquista y durante la dictadura, ya que en ningún momento histórico se puede encontrar un proceso exitoso de creación de valores e identidades netamente españoles comunes a todos los habitantes del país. En España, la etnia ha

brindado el sentimiento de pertenencia y la certeza a cada grupo nacional, no la pertenencia al estado español. Ningún intento ha podido hacer que el estado central en España suplante o equipare la fuerza de los valores, el sentimiento nacional y de pertenencia que han logrado brindar las comunidades nacionales. El componente étnico ha sido semilla de separación en España mucho antes que en Europa del Este, y la dictadura franquista solo fortaleció los sentimientos nacionales de cada comunidad porque en el fondo no pudo suplantar la identidad étnica por una identidad nacional española.

Según Hobsbawm, cuando la sociedad falla en dar certeza e identidad, siempre queda la etnia, la pertenencia a un grupo étnico o a una nación para tratar de recuperarlas. La identidad étnica está dada de nacimiento, nadie puede quitarla ni suplantarla, y no se tiene que hacer nada para pertenecer a ella, por lo que brinda una certeza y un sentido de pertenencia únicos que una entidad política difícilmente puede lograr. El riesgo de enfatizar este tipo de identidad es que está definida en torno a las diferencias frente al otro, es decir, en un cierto grado de xenofobia. Muchos aspectos que identifican a un grupo étnico pueden ser asimilados por alguien externo, excepto uno: la apariencia física.

Además de la xenofobia intrínseca en cualquier identidad étnica, existe también el riesgo de exaltar el racismo, ya que por más intentos que se hagan de asimilación cultural a una nación, es imposible cambiar el aspecto físico. Cuando una identidad étnica se enfatiza o explota tanto se corre el riesgo de crear sociedades altamente xenófobas y racistas. La xenofobia se ha convertido, según Hobsbawm, en la respuesta a la crisis de valores sociales y relaciones humanas, con lo cual se convierte en la forma de defender la identidad, la pertenencia y la certeza del hombre frente a su propia existencia. (1992, 6-7)

Benedict Anderson, en su libro Comunidades Imaginadas (1993), afirma que el nacionalismo es un fenómeno global que debe considerarse y estudiarse no como una ideología más, sino como una religión. En específico considera que el nacionalismo “debe entenderse alineándolo, no con ideologías políticas conscientes, sino con los grandes sistemas culturales que lo precedieron”. (1993, 20) Es decir, Anderson dota al principio de nacionalismo no sólo de su componente político sino también de una dimensión cultural (e incluso moral) que no tenía en definiciones anteriores. El nacionalismo es más destino o herencia que elección, es decir, no es una ideología que se toma por voluntad. Su visión se

contrapone a la postura marxista que considera al nacionalismo como “falsa consciencia” de los pueblos.

La nación es para Anderson “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1993, 23) Es una definición de carácter antropológico que destaca también el carácter de invención que Gellner y Hobsbawm dan a la nación. Sin embargo, en este caso Anderson considera a la nación como imaginada porque “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (1993, 24) La nación no es, entonces, una creación del estado o una construcción histórica, sino una concepción imaginada por los mismos miembros de la nación. El autor asegura también que la nación “se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto pueden prevalecer en cada caso, se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”. (1993, 24)

Son el capitalismo y la imprenta los dos nuevos vehículos con los cuales se imagina la nación; son los nuevos elementos que minan la credibilidad y el poderoso efecto que tenían identidades

anteriores como: lenguas y escritos sagrados (latín, árabe, chino), y monarcas absolutos por voluntad divina (principio de Legitimidad). Es decir, son dos condiciones básicas las que despiertan las consciencias e identidades nacionales en Europa: el fin del monopolio lingüístico del latín sobre los evangelios y escritos sagrados del cristianismo ⁴ y el fin de la concepción divina de las monarquías.⁵

Son la imprenta, y más tarde la distribución de periódicos impresos en el s. XVIII, quienes crean una comunidad de lectores que se va desarrollando hasta delimitar a la nación; es decir, se convierten en vehículos de dispersión de la identidad nacional. Asimismo, le permitieron a los miembros de la comunidad darse cuenta de la simultaneidad del tiempo, es decir, de entender que cada quien vivía el mismo tiempo y los mismos acontecimientos que los demás, factor que despertó también la conciencia de grupo. (1993, 30-62)

De acuerdo con Anderson, el nacionalismo europeo moderno, en sus orígenes (siglos XVIII y XIX) está claramente basado en la lengua. Floreció gracias al auge de estudios filológicos

⁴ Factor que permitió el florecimiento y desarrollo de lenguas nacionales, así como la identificación de cada comunidad en las representaciones artísticas de figuras religiosas.

⁵ Es decir, el proceso de secularización del estado (división Iglesia-Estado)

y la creación de diccionarios y tratados sobre gramática de diferentes lenguas (rumano, noruego, checo, etc) que fueron el prelude del nacionalismo político en cada país. La revaloración de lenguas autóctonas, su sistematización y reconocimiento externo e interno, dotaron a cada comunidad de sentimientos nacionales traducidos posteriormente en nacionalismos políticos. (1993, 71-76)

El papel de la imprenta (medios de comunicación impresos) en la divulgación de estas lenguas y en la difusión de ideas, así como en la creación de identidades sociales, es básico para entender el surgimiento del nacionalismo político. Asimismo, Anderson define un rasgo populista en estos nacionalismos incipientes, ya que tenían que incluir a todos los que hablaran la lengua materna de la comunidad. Este rasgo manifiesta al nacionalismo como una revolución cultural incluyente de nuevos grupos y marcadamente antijerárquica, en contraposición con la rigidez de la iglesia y otras estructuras sociales. Asimismo, es una ideología que crea nuevas identidades comunitarias que son más fuertes que la identificación de los individuos con el estado en que viven, de ahí el carácter cuasi-religioso del nacionalismo.

Las teorías anteriores coinciden en estudiar al nacionalismo como un fenómeno resultado de diferentes procesos socioeconómicos y políticos, y donde el estado juega un papel fundamental. Asimismo, nos brindan una perspectiva histórica de los orígenes y la evolución de este complejo fenómeno en el tiempo. Sin embargo, la generalidad de los argumentos de estas teorías hacen necesaria la reflexión de explicaciones más particulares y más aplicables a casos concretos de la realidad actual. Los argumentos de Michael Hechter, por ejemplo, presentan una visión más concreta de los diferentes tipos de nacionalismo que existen y brindan definiciones más precisas y aplicables a estudios de casos.

Hechter, en su libro *Containing Nationalism* (2000) considera que existe en la literatura académica un consenso sobre la definición analítica del nacionalismo: como “la acción colectiva diseñada para hacer congruentes las fronteras de la nación con las de la unidad de gobierno” (2000, 7). Por su parte, el estado es entendido como “el conjunto de instituciones especializadas que son responsables de producir orden, justicia, bienestar social y defensa en una sociedad delimitada territorialmente”. Existen también definiciones distintas de nación, pero según el autor, la mayoría de los teóricos concuerda en que “está constituida por

un grupo relativamente grande de personas no necesariamente relacionadas genéticamente que poseen gran solidaridad mutua” (2000,11).

El territorio es una condición objetiva que parece ser necesaria para la existencia de una nación, es decir, la existencia de un territorio propio (*homeland*) es considerado un factor definitorio de una nación. Las naciones muestran un sentido elaborado de historia colectiva que implica la existencia de un reconocimiento social de la categoría de nación que, en última instancia, es lo que construye la identidad social.

El tamaño y la historia colectiva son factores presentes tanto en una nación como en un grupo étnico, sin embargo, la territorialidad es un criterio suficiente para diferenciar una de otro. Las naciones son, entonces, “grupos étnicos concentrados territorialmente a diferencia de otros grupos étnicos que están dispersos dentro del territorio de un estado dado” (2000, 14). Dado que las naciones poseen un territorio al que consideran como su casa (*homeland*), éstas pueden imponer una amenaza seria de obtener soberanía nacional al intentar convertirse en una entidad política independiente.

Existen diferentes tipos de nacionalismos: de estado (*state-building nationalism*), periférico, irredentista y unificadorio. El primero se refiere al “intento de asimilar e incorporar territorios culturalmente diferenciados bajo un mismo estado” (2000, 15). Es el resultado de un esfuerzo consciente de los gobernantes centrales de un estado para homogeneizar a una población culturalmente heterogénea. Este nacionalismo tiende a ser culturalmente inclusivo debido a que tiene propósitos geopolíticos, es decir, intenta delimitar y asegurar las fronteras del territorio en contra de rivales reales o potenciales.

El nacionalismo periférico, por su parte, surge “cuando un territorio diferenciado culturalmente se resiste a la incorporación por parte de un estado central en expansión, o cuando opta por la secesión para construir su propio gobierno” (2000, 17). Con mucha frecuencia, este nacionalismo es detonado por el nacionalismo de estado con sus objetivos integradores y de homogeneización cultural.

El nacionalismo irredentista es propio de grupos nacionales que reivindican derechos de autodeterminación política, pero que habitan en estados nacionales distintos. Es decir, una misma nación se encuentra dividida por las fronteras políticas de dos estados

diferentes, por lo que al intentar formar su propia entidad atentan contra la integridad territorial de ambos estados.⁶ Finalmente, el nacionalismo unificadorio se presenta cuando grupos culturalmente similares pero políticamente disgregados son integrados en un estado nacional único. La unificación alemana hacia finales del siglo XIX podría ejemplificar bien este tipo de nacionalismo; las diferentes provincias compartían ciertos valores y elementos culturales que fueron explotados por un poder central para crear un estado nacional unificado.

Para Hechter, el nacionalismo es un fenómeno relativamente moderno (aproximadamente de hace dos siglos), debido a que fue detonado por el cambio en los métodos de control estatal sobre la periferia. Mientras que tradicionalmente se utilizaron métodos de control indirectos de la periferia (mecanismos que respetaban las diferencias locales y que mantenían el control mediante negociaciones entre el centro y las elites locales), debido al crecimiento económico, a la centralización del poder en un estado, y a los avances tecnológicos (transportes) estos mecanismos se transformaron en métodos de control directos.

⁶ Como ejemplo están los kurdos, un grupo nacional con población importante en Turquía, Siria e Irak, principalmente.

El control directo es un detonante del nacionalismo periférico porque es lo que inicia el nacionalismo de estado. Ya no se respetan las autoridades locales y se suprimen para crear una entidad nacional única con autoridad centralizada. Se imponen condiciones y formas de gobierno desde el centro al llevar a cabo el proceso de *state-building nationalism* y esto detona el nacionalismo en las periferias que han quedado sujetas al poder central. Las experiencias históricas de cada país son distintas, por lo que hay casos de nacionalismo de estado más exitosos que otros.

La definición de nación de Benedict Anderson resulta la más adecuada para este estudio dada su flexibilidad, es decir, es una definición incluyente de muchos tipos de nación. Es una definición más general centrada en el origen mismo de la idea de nación con lo cual presenta un valor explicativo fundamental. Asimismo, la definición dada por Hechter de nacionalismo es una buena síntesis de definiciones anteriores que hacen al concepto lo más explicativo posible. Para efectos de este estudio, se retomarán las definiciones de Hechter sobre nacionalismo de estado y nacionalismo periférico. Gellner define, a partir de la sociología y antropología, el concepto de etnia que mejor se adapta a los propósitos de este estudio también.

La siguiente sección se concentra en la revisión de diferentes literaturas académicas de temas más precisos vinculados con la explicación de este estudio de casos. Las explicaciones serán abordadas dependiendo de su naturaleza y de las variables independientes que utilicen, por ejemplo, la explicación culturalista centrada en el papel de la lengua y la institucional basada en el estudio de instituciones políticas (como partidos políticos). Estas posturas explican desde perspectivas diferentes la aparición de grupos nacionalistas tanto de carácter violento como pacífico, y ayudan a entender qué factores inciden tanto en la formación de un movimiento nacionalista como en su inclinación o no por estrategias violentas de acción. 🐼

II. Nacionalismo y violencia: enfoques teóricos alternativos

a) Revisión crítica de la literatura

Los enfoques dominantes sobre el tema consideran que la represión por parte del estado franquista contra las comunidades autónomas aquí estudiadas presentó niveles diferentes. En específico se considera que el País Vasco sufrió una represión sistemática de mayor intensidad que la sufrida por Cataluña, sobre todo durante la dictadura.

Daniele Conversi (2000) es partidario de esta visión que sitúa a la represión estatal como variable explicativa central de las diferencias entre los nacionalismos vasco y catalán. No obstante, también incluye el aspecto cultural como factor que explica la disparidad en las reacciones de ambos nacionalismos, constituyendo una explicación que interrelaciona variables de naturaleza distinta. Esta investigación sostiene que la evidencia empírica no es contundente y no permite concluir que el País Vasco haya sido sometido a una represión estatal más intensa, por lo que opta por variables distintas para explicar las diferencias evidentes entre ambos casos.

Este análisis sostiene que la represión estatal ejercida por Franco no presentó niveles distintos para cada caso estudiado, es decir, que los intentos de aniquilación cultural y las acciones represoras encaminadas a la homogeneización cultural (principalmente lingüística) de España fueron similares tanto en Cataluña como en el País Vasco. Esta variable, entonces, por sí sola no podría explicar porqué el nacionalismo vasco opta por la violencia, mientras que el catalán se refugia en la cultura y la defensa de la lengua como método de lucha y supervivencia de la identidad nacional.

Para Conversi (2000, 228-233), la variable principal que explica el uso de la violencia en el País Vasco es la represión estatal. Él considera que ambos nacionalismos siguieron rutas paralelas hasta la década de los cincuenta, y que fue la represión estatal mayor contra el País Vasco la que lo radicalizó hasta optar por la violencia. Argumenta que los grupos de jóvenes vascos asediados por las fuerzas del orden franquistas, sujetos a represión y sin libertad de asociación y expresión se radicalizaron por enfrentarse a la violencia del estado constantemente, de ahí que optaran por la violencia.

Contrariamente al argumento de Conversi, hay evidencia empírica que sustenta el argumento que afirma que si la represión

estatal fue más fuerte contra el País Vasco a partir de los años sesenta fue porque en dicha región se optó por una estrategia violenta y la ETA usó la Acción/Represión/Acción como método de lucha. Es decir, una vez aparecida esta organización, obviamente los niveles de violencia y represión se intensificaron en el País Vasco constituyendo una espiral de violencia incremental. La evidencia histórica no es clara ni contundente para demostrar que el estado franquista haya sido más autoritario y represor contra esta comunidad previo a la aparición de ETA y que por eso se haya optado por la violencia.

En Cataluña se peleó también por la república durante la Guerra Civil, se sufrió de intervenciones militares por parte del centro y aquí también hay una memoria de violencia muy fuerte. En ambas comunidades se tenía el trauma de la guerra e incluso el PNV era conservador en demandas y estrategias porque el recuerdo de la guerra seguía presente. Sin embargo, a pesar de esta memoria bélica compartida, en el País Vasco vuelve a surgir la violencia y en Cataluña no. Los estudiantes en Cataluña también sufrieron represión directa del estado como lo demuestran los hechos de 1966 contra el SDEUB (Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Barcelona), y sin embargo no se

abrazó la violencia como consecuencia de las acciones represoras del estado franquista.

Siguiendo a Lichbach (*Deterrence or Escalation?*, 1987, 266-297), en ambos casos el régimen central utilizó la represión en contra de acciones y manifestaciones no violentas, con lo cual aumentó los costos de este tipo de movilización. Esto abrió la puerta hacia estrategias violentas de acción en ambos casos, y sin embargo, la violencia sólo surgió y se arraigó en el País Vasco. Este autor considera que los grupos disidentes deciden sus tácticas en función de los costos que éstas tengan, es decir, están en función de la respuesta represora del régimen central frente a sus acciones. Es claro, entonces, que el balance de costos y beneficios esperados de la utilización de la violencia está en relación directa con el de opciones pacíficas e institucionales. Se asume entonces que en el caso vasco, el movimiento nacionalista (en específico sus líderes) apostó por la violencia en espera de encontrar un balance más favorable a su causa respecto del gobierno central.

Cuando un grupo disidente observa que una táctica pacífica no logra obtener los beneficios que se esperan del estado central (en este caso el respeto a la cultura autóctona, la libertad de expresión y asociación, e incluso la auto-determinación, entre

otros) entonces aumenta la posibilidad de que este grupo utilice tácticas violentas de acción. Si el estado franquista hubiera cedido ante ciertas demandas de oposición no violenta, habría reducido la probabilidad de acciones violentas contra sí mismo en el futuro.

Sin embargo, el gobierno central decidió reprimir cualquier manifestación de oposición nacionalista tanto en el País Vasco como en Cataluña. Para efectos de un análisis comparado entre estos casos, la represión estatal que condicionaría las tácticas de grupos disidentes no permite encontrar una diferencia fundamental que explique porqué una expresión nacionalista adoptó la violencia y otra no, siendo que en ambos casos las manifestaciones pacíficas fueron igualmente sometidas.

La represión estatal es la variable que permite entender porqué durante la dictadura se alimentan y reaparecen sentimientos nacionalistas fuertes tanto en el País Vasco como en Cataluña. Sin embargo, se requieren variables de otro tipo para analizar porqué la violencia se convirtió en la estrategia fundamental y en el factor de cohesión nacional en el País Vasco, siendo que en Cataluña frente a niveles similares de represión política y cultural esta estrategia no contó con el apoyo social necesario para constituirse en un medio legítimo de lucha y representación de su nacionalismo.

A continuación se hace una revisión de diferentes tipos de explicaciones o variables independientes que permiten entender desde enfoques analíticos diversos las condiciones bajo las cuales un grupo étnico opta por la violencia y los factores que inciden en su propensión para estrategias violentas de acción. 🤖

b) Marco analítico ---

b.1) El poder de la cultura

David Laitin, retomando a Geertz y a Cohen, ayuda a consolidar la concepción de las identidades étnicas como fuentes poderosas de movilización social, ya que están basadas en símbolos culturales compartidos y reconocidos por los miembros de un mismo grupo. Esto reduce costos de organización, al igual que la existencia de una lengua común, al solucionar problemas de acción colectiva. Es por ello que líderes políticos, y sobre todo nacionalistas, utilizan las identidades culturales como motor de organización y movilización en torno a intereses políticos bien definidos al ser el instrumento más adecuado de cohesión social.

La lengua juega un papel básico en este proceso de integración, y Laitin lo describe como “racionalización lingüística”⁷, un proceso llevado a cabo por el estado para implantar en su territorio una lengua franca que sea utilizada por la sociedad entera. Es un mecanismo útil para construir la idea de nación, pero cuando falla (como en el caso español), las lenguas autóctonas que no fueron del todo suplantadas se convierten en expresión máxima de la

⁷ “*Language rationalization*”, la traducción es mía. (Laitin, *Language Repertoires and State Construction in Africa*, 1992, 9-12)

identidad étnica y de las aspiraciones nacionalistas de un grupo. (1992, 13)

Laitin considera básico el estudio de los símbolos y la lengua para definir los patrones de comportamiento de un grupo. La lengua se coloca, entonces, como un elemento central para entender la idea de nación y de consciencia nacional. En específico, intenta responder si es la lengua quien define la cultura política de un pueblo. Para ello estudió el caso de Somalia, y descubrió diferentes dinámicas sociales y comportamientos dependiendo de la lengua que se utilizaba, inglés o somalí principalmente.

Asimismo, encontró en Somalia una superposición de diferencias de clase relacionadas con el uso de la lengua, hasta que un gobierno autoritario implantó el somalí como única lengua oficial obligatoria para el país entero a todos los niveles. Es decir, pudo observar las consecuencias sociales y culturales de la utilización de diferentes lenguas (inglés, italiano, árabe y somalí en este caso) Con todo lo anterior, el autor concluye que la lengua, además de ser la manifestación más importante de una cultura específica, es un factor que define comportamientos sociales, organización de grupos, visiones y, por supuesto, identidades.

Laitin define cuatro áreas en las cuales la lengua puede provocar diferencias importantes: 1. consciencia de grupo y

nacionalidad, 2. concepción y sometimiento a la autoridad, 3. la disposición para ciertos tipos de negociación política, 4. importancia de valores religiosos. (1992, 154) Para este autor, la naturaleza misma de la lengua provoca que las personas actúen y piensen de diferente manera, aunque no puede comprobarlo. Para los antropólogos, diferentes actitudes y valores relacionados con la lengua y las situaciones comunes en que se utiliza, entre otras razones, pueden influenciar el comportamiento de las personas.

Para efectos de este estudio, la lengua es un factor muy importante a tomar en cuenta dada su centralidad en las identidades nacionales tanto de vascos como de catalanes. Las diferencias entre el *euskera* y el catalán, y respecto del castellano (lengua oficial del estado español) permiten discernir patrones de conducta, formas de organización política, estrategias de lucha y de supervivencia cultural distintas en cada caso.

En el caso vasco puede observarse una yuxtaposición de un clivaje de clase con un clivaje lingüístico, ya que por lo menos desde el siglo XIX, las elites políticas y económicas de la región estaban castellanizadas por completo. A partir del resurgimiento de los sentimientos nacionalistas y de la sistematización cultural, lingüística y hasta política llevada a cabo por Sabino de Arana es

que puede observarse un interés incipiente de las elites vascas por aprender el *euskera*, hasta entonces privativo de las comunidades rurales.(Conversi, 2000, 174) Este factor permite definir más claramente la posición del *euskera* como una lengua no dominante incapaz de crear una base cultural fuerte y sólida en la sociedad vasca al momento de la dictadura. También nos permite entender el papel importante de las elites del movimiento nacionalista como actores encargados de forjar una identidad común que les otorgue un sustrato social cohesionado en el cual apoyar su causa.

Para los años de la dictadura, la amenaza de extinción del *euskera* por los intentos deliberados del régimen le brindaron un nuevo empuje al aprendizaje de esta lengua, ahora también entre los jóvenes nacionalistas, con lo cual la evolución de la lengua autóctona, su utilización y revaloración, van de la mano con el desarrollo del nacionalismo vasco y con sus estrategias de lucha. La distancia enorme entre el *euskera* y el castellano dota al pueblo vasco de un sentimiento más fuerte de distinción, de aislamiento, de especificidad cultural y política, es decir, su lengua influencia directamente la concepción de sí mismos como grupo y como nación histórica por completo alejada de la cultura castellana. De ahí se desprenden sus reclamos de autonomía e incluso de

separación política, siendo este el objetivo que tenían en mente Sabino de Arana y sus sucesores.

En el nacionalismo vasco, entonces, se observa claramente un proceso de construcción de identidades étnicas y culturales desarrolladas con el objetivo de cohesionar a un grupo hasta entonces sin consciencia nacional. El proceso fue exitoso, ya que poco a poco el pueblo vasco se fue alimentando de estas ideas hasta formar una identidad nacional propia. Sin embargo, la creación casi arbitraria de esta identidad no pudo borrar siglos de una evolución histórica en donde nunca existió una cultura homogénea y unos valores culturales claramente reconocidos, de ahí que la cultura impulsara el desarrollo del nacionalismo vasco pero no pudiera consolidarse como la herramienta más efectiva de cohesión a lo largo del tiempo.

En el caso catalán no hay una yuxtaposición de clivajes similar ya que el grueso de la población, rural y urbana, es bilingüe (2000, 170) Esta condición se ve altamente favorecida por la cercanía etimológica del castellano y el catalán, la cual dota al pueblo catalán de una consciencia propia de nacionalidad histórica distinta, pero no completamente ajena a la cultura castellana o española. Esto se tradujo en estrategias de lucha

y presión distinta, y sobre todo en demandas políticas menos radicales frente al centro. Aunque también existieron posturas separatistas en el nacionalismo catalán y se ha tomado como meta última la creación de un estado catalán, en la práctica se ha aceptado la convivencia con un estado español federal que otorgue derechos autonómicos.

Explicación cultural sobre la violencia étnica

Laitin y Fearon, en su artículo *Violence and the Social Construction of Ethnic Identity* (2000), consideran que existen diferentes concepciones sobre la construcción de identidades étnicas y su relación con la violencia. Para teorías constructivistas, la forma en que se construye una identidad étnica, el contenido con el cual se dota a esta concepción, es de vital importancia para entender su propensión o no a la violencia. Pueden construirse diferentes identidades, por ejemplo, una identidad nacional que incluya diferentes categorías étnicas dentro un mismo estado o identidades étnicas contrapuestas unas a otras. (2000, 848)

Una identidad étnica construida con base en sus diferencias con otra puede ser más propensa a la violencia, sobre todo si se enmarca dentro de un estado que no logró debilitar las identidades

étnicas para suplantarlas por una de tipo nacional. Este es el caso de la violencia étnica desatada a principios de los noventa en la ex Yugoslavia; el régimen dictatorial de Tito no logró crear la identidad yugoslava, y al caer el régimen autoritario con la muerte del caudillo, las identidades étnicas resurgieron con más fuerza y virulencia al haber sido alimentadas por las diferencias con los otros e incluso por concepciones de superioridad racial y cultural (por ejemplo entre Serbios y Croatas). (2000, 858 y 867)

En el caso español se presenta un proceso similar. Ante la incapacidad del estado español de crear una identidad nacional, las identidades étnicas subsistieron a cualquier intento de homogeneización cultural y política. La identidad vasca, mucho más que la catalana, está fundamentada en los preceptos aranistas de distinción frente a todo lo no vasco, es decir, es una identidad por completo excluyente que tomó tintes racistas para definirse y consolidarse como tal. En el caso catalán hay cierto componente de superioridad basado sobre todo en la eficiencia y en el mejor desempeño económico en comparación con el resto del país, pero históricamente es una identidad mucho más incluyente y abierta, y sobre todo más cercana a la cultura castellana predominante, con lo cual su propensión a la violencia se reduce considerablemente.

La relación entre la construcción de una identidad étnica y su propensión a la violencia no es absoluta ni determinista por completo. No existe la suficiente evidencia empírica para afirmar dicha relación, pero es indiscutible que la forma en que se construye una identidad y el contenido ideológico con el cual se alimenta son factores determinantes para entender la naturaleza de las acciones, las estrategias, las posturas y las concepciones que presentan los miembros de un grupo en lo individual y colectivo.

Un factor importante es el discurso utilizado por los líderes nacionalistas en la propensión a la violencia por parte de un grupo nacional. (2000, 860-864) El discurso político puede alimentar la identidad nacional haciendo referencia constante a agravios históricos, a episodios pasados de violencia o fortaleciendo la imagen negativa de otros grupos considerándolos como amenazas. En el caso vasco, el caso de nacionalismo violento de este estudio, durante la dictadura puede observarse un discurso radical que alimenta los resentimientos frente al centro y aumenta la propensión a la violencia de los jóvenes nacionalistas que enaltecen la memoria bélica de su pueblo. Es decir, recuperan los episodios de represión por parte del centro, por ejemplo el bombardeo de Guernica, para justificar su radicalismo y alimentar

su resentimiento frente al régimen central. Este discurso va radicalizando posiciones y permite reclutar nuevos miembros a la causa nacionalista basada en una estrategia violenta.

Para Laitin y Brubaker, según afirman en su artículo *Ethnic and Nationalist Violence* (1998), la violencia es un fenómeno diferente del conflicto. La violencia no debe tomarse como consecuencia necesaria del conflicto, o como resultado del incremento en el nivel de conflicto, sino que debe conceptualizarse por sí misma. No es un grado cuantitativo de conflicto, sino una forma cualitativa de éste con una dinámica propia. (1998, 425-426).

Los autores argumentan que en un contexto de revaloración nacionalista, los líderes del grupo étnico pueden tratar de forzar el proceso de “despertar” nacionalista con un efecto cascada, es decir, argumentar humillaciones y vejaciones sufridas por el grupo étnico para ganar apoyo y alimentar los sentimientos del grupo. Sin embargo, si este efecto cascada no se produce, entonces los líderes del grupo pueden optar por encender la violencia inter e intra-étnica para producir el efecto deseado (1998, 431). Es decir, Laitin y Brubaker concuerdan con Hechter en que la violencia es un medio eficaz de cohesión y de adhesión a una causa nacionalista,

ya que una vez comenzada la espiral de violencia, los grupos se polarizan identificando claramente un enemigo en común que los une en torno a las mismas demandas.

Los argumentos culturalistas acerca de la violencia étnica se centran en la construcción de identidades sociales y en lo que Brubaker y Laitin llaman la “construcción cultural del miedo”, y se refiere a la concepción que se hace de la etnicidad propia en contraposición con la imagen negativa y amenazante que se hace de otros grupos.⁸ (1998, 442) Lo anterior se lleva a cabo por medio de manifestaciones culturales como narraciones, mitos, rituales y conmemoraciones. Estos teóricos basan el miedo étnico entre grupos no tanto en valores sociales sino en valores históricos y culturales que los diferencian. Una vez construida esta concepción negativa y de miedo frente al otro, la violencia étnica cobra sentido en un dilema de seguridad; un grupo que ha construido su identidad basado en la amenaza que otra etnia le representa, será propenso a realizar ataques preventivos antes de ser atacados, de ahí el surgimiento de la espiral de violencia étnica. (1998, 442)

⁸ *“The Cultural Construction of Fear”*, proceso al cual definen como, *“rhetorical process, symbolic resources, and representational form through which a demonized, dehumanized, or otherwise threatening ethnically defined “other” has been constructed”*.

Aunque la evidencia para sustentar los argumentos culturalistas no es contundente, permaneciendo más en el plano anecdótico, es evidente que el uso que las elites le dan a las manifestaciones culturales del grupo y la forma en que las transmiten pueden influir profundamente en la propensión de un grupo étnico por la violencia. Es claro para estos autores que ningún estudio de la violencia étnica o nacionalista puede centrarse en los argumentos de un solo enfoque, de ahí la utilidad de presentar distintos tipos de variables para lograr un análisis más incluyente y plural del fenómeno.

b.2) La violencia como elección racional

El argumento de Ted Robert Gurr acerca de la violencia se basa en la privación relativa de recursos por parte de ciertos grupos. Esta privación relativa puede ser entendida como la diferencia entre aquello que el grupo considera que debe tener y aquello que realmente espera obtener del estado central. Es decir, es un problema de expectativas el que está en la raíz de la violencia política. Es esta sensación de privación relativa de recursos frente a otros -y la frustración que genera- lo que subyace a la explicación de porqué los hombres se rebelan. (*Nonviolence in Ethnopolitics*, 2000, 155)

Gurr describe tres etapas que desembocan en la violencia política: el desarrollo del descontento, la politización de este descontento y, finalmente, su traducción en acciones violentas contra blancos políticos. El autor afirma que el estado debe procurar que no exista un grupo o sector social que se beneficie más y a mayor velocidad en términos políticos y/o económicos que otros, ya que esto provoca sentimientos de privación de beneficios y de frustración en los grupos no privilegiados que pueden ver en la violencia el método más eficaz de obtener las ventajas que se les están negando. (2000, 156)

Según el autor, el uso táctico de la violencia, o sólo como amenaza, es característico de participantes y líderes de un grupo que observan una potencial mejora a su situación de desventaja frente al sistema político. Es decir, es una estrategia utilizada cuando se considera que la violencia será un método efectivo para alcanzar los beneficios (políticos y/o económicos) deseados. Sin embargo, si estos grupos no perciben la posibilidad de mejorar su situación en el marco del sistema político vigente, entonces pueden optar por una estrategia violenta para demostrar la incapacidad del estado de mantener el orden y la seguridad con la esperanza de cambiar el sistema político y adecuarlo más a sus intereses propios. (2000, 156-157)

El uso de la violencia es una elección de los líderes de movimientos etnonacionalistas, principalmente. Gurr encuentra que los movimientos etnonacionalistas optan por la violencia después de por lo menos diez años de haber empezado su lucha política con métodos pacíficos. Es decir, no utilizan la violencia sino como último recurso después de probar la ineficacia de estrategias pacíficas de presión y negociación.⁹ Asimismo,

⁹ Estudiando los movimientos etnonacionalistas surgidos en Europa de 1945 a 1989 encuentra que, en promedio, optaron por la violencia después de por lo menos trece años de iniciados sus reclamos políticos. Asimismo, en un estudio realizado de 1986 a 1998 encuentra que de los 52 movimientos etnonacionalistas en el mundo, sólo media docena optó por la rebelión violenta y después de por lo menos diez años de iniciado el movimiento (Gurr, *Minorities at Risk*, 1993, 115-116)

concluye que la mayoría de grupos movilizados (minorías, etnias, etc) ha logrado sus objetivos por métodos pacíficos, con lo cual muestra que no es necesario virar hacia la violencia para lograr objetivos concretos.¹⁰

La utilización de métodos no violentos dota al grupo movilizado de cierta superioridad moral frente a la cual un estado no puede (aunque no signifique que no lo haga) responder con represión violenta sin desacreditar su posición. El uso de la violencia es una estrategia muy costosa en términos económicos y sobre todo humanos, y no presenta certeza en sus resultados. Optar por la violencia es una decisión de los líderes, pero su utilización real depende del apoyo que le brinde el resto del grupo a su elección. (2000, 158)

En *Minorities at Risk* (1993), Gurr asegura que es la historia de autonomía política, y no tanto las desventajas políticas y/o económicas, la que genera demandas de autodeterminación por parte de un grupo nacional frente a un estado central. En este libro hace una clasificación de los diferentes grupos comunitarios movilizados en el mundo y encuentra que, en general, existen

¹⁰ Como ejemplo está el movimiento en favor de los derechos civiles de minorías, específicamente de afro-americanos en Estados Unidos, o los arreglos políticos alcanzados por grupos nacionales como Québec y la misma Cataluña. (Gurr, 2000, 158)

diferencias importantes dependiendo del contexto político y económico en que se encuentran.¹¹

Siguiendo a Gurr, en el caso español se observan grupos nacionales con sentimientos reales de privación y frustración, no tanto económica, sino política. Son grupos históricamente sometidos a un poder central ajeno a sus circunstancias que, en sus variantes autoritarias, ha intentado sistemáticamente exterminar sus distinciones culturales y ahogar sus reclamos por autonomía. Son grupos nacionales favorecidos económicamente, lo cual les permitió actuar proactivamente en busca de sus propios intereses políticos, es decir, una buena situación económica fortaleció su poder de negociación frente al centro. Sin embargo, en términos políticos tienen una frustración enorme enfrentada a un sistema político poco flexible en los años de la dictadura.

En el País Vasco, las estrategias pacíficas de lucha y negociación perdieron credibilidad con el desprestigio del PNV,

¹¹ Las demandas económicas, por ejemplo, se presentan en grupos que habitan más en democracias occidentales y Japón, mientras que aquellos con demandas políticas (autodeterminación, separación) se encuentran más en Asia, África del Norte y Medio Oriente. Asimismo, encuentra que existen diferentes tipos de grupos comunitarios movilizados: etnonacionalistas y pueblos indígenas, etnoclasistas (grupos económicos), sectas religiosas militantes, y aquellos que luchan por el poder comunitario. Dentro de las tácticas utilizadas por estos grupos para obtener sus objetivos, el autor destaca las siguientes: protesta no violenta, protesta violenta y rebelión. Encuentra que de 1945 a 1989 ha sido la rebelión la que más ha crecido como estrategia de lucha en grupos etnonacionalistas, principalmente. (Gurr, *Minorities at Risk*, 1993, 93-115)

es decir, se comprobó la ineficacia de los canales institucionales. La violencia fue considerada, dentro de las expectativas del grupo nacionalista, como el método que les permitiría obtener los beneficios políticos requeridos. En el caso catalán las expectativas del grupo no ven en la violencia una solución y se considera posible un buen acomodo dentro del sistema político. En términos de Gurr, los catalanes verían como posible la satisfacción de sus intereses propios por métodos no violentos de acción frente al estado central.¹²

Según Hechter (*Containing Nationalism*, 2000, 129), la violencia puede adoptarse por razones estratégicas muy variadas, entre ellas, al intentar incrementar los costos de la represión por parte del estado central hacia la periferia. Las autoridades centrales estarán siempre interesadas en suprimir los nacionalismos periféricos para mantener la cohesión territorial. Sin embargo, si los costos de reprimir un movimiento nacionalista periférico aumentan por un incremento en su militancia o apoyo, el centro estará más dispuesto a otorgar soberanía al grupo nacionalista que la demanda.

¹² Un ejemplo puede ser el más reciente debate sobre la reforma al Estatuto de Autonomía de Cataluña, en la cual el Parlamento Catalán somete al Congreso nacional el proyecto de reforma. Es decir, se siguen utilizando los canales institucionales de negociación para construir un arreglo político eficaz y viable entre Cataluña y el Estado español.

El autor afirma que puede optarse por la violencia gracias al poderoso efecto que tiene sobre la atención pública. La violencia puede ser la única estrategia eficaz para que un grupo nacionalista gane apoyo en su comunidad al llamar la atención acerca de sus estrategias y fines. Además, es la mejor forma de captar los reflectores del exterior para que la comunidad internacional preste atención al problema y las demandas de un grupo nacionalista.

Hay muchos grupos que entienden que la violencia funciona para llevar a cabo sus fines, para presionar más a la autoridad central, y para tratar de ganar apoyo interno y externo. La violencia puede ser utilizada de forma controlada y estratégica para maximizar su apoyo político hacia dentro de la comunidad nacional; si usaran la violencia de forma indiscriminada podrían perder legitimidad y apoyo incluso de sus propias comunidades nacionales.

Finalmente, la violencia puede ser utilizada por estos grupos para polarizar un conflicto existente en su propia conveniencia. Con esto pueden radicalizar posiciones y ganar más apoyo interno a la comunidad nacional. Pueden exacerbar las diferencias y los odios entre comunidades nacionales, o entre la autoridad central y la comunidad periférica, para darle legitimidad

a sus acciones, para justificar su existencia y para ganar el apoyo de su comunidad nacional.

Hechter (2000, 131) afirma que aunque puede entenderse porqué bajo ciertas circunstancias un grupo nacionalista puede adoptar la violencia como medio para lograr sus metas, es un misterio el tratar de entender porqué los individuos deciden soportar grandes riesgos de salir heridos, de ser castigados seriamente o de sacrificar su vida para ayudar a brindarle la soberanía, entendida como bien colectivo deseado, a su nación. Él argumenta que el uso de medios violentos atraerá a aquellos que están especializados o tienen habilidades para la violencia, y que disuadiría a aquellos que no tienen habilidades ni interés en ella. Los miembros de un grupo violento tomarán grandes riesgos a medida que compartan mayor solidaridad entre sí dentro del grupo.

Siguiendo a Hechter, es posible deducir que la violencia como estrategia de acción siguió la lógica que él describe en el País Vasco. A pesar de apostar por una estrategia violenta de acción, la ETA logró cohesionar a la comunidad vasca a su causa y contó con el apoyo de otras comunidades autonómicas e incluso de gobiernos extranjeros. A pesar de sus acciones violentas, la ETA disfrutaba en los años de la dictadura de legitimidad moral

al enfrentarse a un régimen central autoritario y represor. Esta organización utilizó la violencia de forma controlada en contra de blancos políticos muy específicos del régimen franquista. La violencia le sirvió a ETA para llamar la atención nacional e internacional a su causa, con lo cual pudo reclutar nuevos miembros y cosechar más apoyo. La utilización indiscriminada de la violencia, sobre todo en contra de civiles, habría deslegitimado sus acciones ahuyentando el apoyo de sectores moderados de la población vasca y del resto de España y el mundo.¹³

¹³ Ver más detalles sobre la ETA y el uso de la violencia en el capítulo dedicado al caso vasco.

b.3) Las instituciones y sus efectos sobre la violencia

Michael Hechter, también en *Containing Nationalism* (2000, 128-132), argumenta que mientras un grupo nacionalista pueda ejercer ampliamente la voz (según términos de Hirschman), éste contará con una gama importante de estrategias y vías institucionales para expresar sus demandas por soberanía y auto-determinación nacional. En este contexto, las demandas serán encaminadas a través de partidos y formaciones políticas, entre otros canales legítimos. Sin embargo, en un contexto donde el uso de la voz está totalmente restringido dejando sólo la salida como alternativa, los grupos nacionalistas optarán por estrategias violentas de acción para encausar sus demandas de auto-determinación y soberanía frente al centro.

Para el autor, todo nacionalismo tiene como antecedente diferentes tipos de organizaciones que ayudaban a proveer el bien común que busca la comunidad, es decir, la soberanía. Una variedad de organizaciones como iglesias, asociaciones voluntarias de diferentes tipos (culturales, deportivas), grupos de jóvenes organizados, se encuentran en la base de la organización de futuros grupos nacionalistas que intentan proveer los bienes públicos que la comunidad nacional desea. Estos bienes públicos

pueden ser soberanía, auto-determinación, revaloración y respeto a la cultura autóctona, entre otros (2000, 132-133).

En el caso vasco y catalán, son organizaciones de varios tipos quienes brindan las bases organizativas de futuros movimientos y partidos nacionalistas. En Cataluña, los antecedentes de organizaciones culturales fundadas desde el siglo XIX con el propósito de salvaguardar la lengua catalana sirvieron como bastión nacionalista y base de apoyo constante de propuestas nacionalistas de tipo político. En el País Vasco, por su parte, son grupos de jóvenes nacionalistas quienes, en los años de la dictadura, forman organizaciones culturales que van mutando sus objetivos y se van radicalizando paulatinamente hasta convertirse en la raíz de ETA.¹⁴

El papel de los partidos políticos como canales institucionales de negociación y agregación de demandas ha sido bien estudiado por autores como Arend Lijphart y G. Bingham Powell. Aunque sus estudios están basados en el análisis de regímenes democráticos, sus aseveraciones brindan lineamientos generales acerca de la importancia de los partidos políticos

¹⁴ Ver antecedentes históricos de los nacionalismos vasco y catalán en los capítulos dedicados a cada uno de los casos.

como actores que permiten disminuir la posibilidad de violencia política.

Ambos autores analizan el consociacionalismo como arreglo ideal entre partidos políticos; es un modelo que permite la representación política y la expresión de demandas de distintos grupos (nacionales por ejemplo) que conviven dentro de un mismo territorio. Es un sistema que evita la existencia de grupos perdedores y ganadores permanentes, con lo cual se evitan los resentimientos y frustraciones históricas que pueden detonar la acción violenta de quienes no se sienten beneficiados por el arreglo político en el cual se encuentran (Powell, 1982, 212-214)¹⁵ En síntesis, los partidos políticos, cuando mantienen su posición como interlocutores legítimos de su sociedad, pueden reducir la probabilidad de violencia.

Según estos autores, las prácticas de tipo consociacional se presentan en sistemas federales también, y concluyen que estos arreglos institucionales son los más adecuados para dar voz y representación a distintas comunidades nacionales que cohabitan en un mismo territorio (1982, 213)¹⁶ Este arreglo federal y un

¹⁵ Lo que Gurr define como “privación relativa de recursos” sufrida por ciertos grupos, factor que favorece su radicalización y propensión a la violencia.

¹⁶ Como ejemplos de sistemas federales con prácticas consociacionales destacan: Suiza, Holanda (1913-1917), Austria (segunda posguerra), Bélgica (1958-1970) e incluso Venezuela (finales de los años cincuenta) (Powell, 1982, 213)

sistema de partidos incluyente permiten reducir el radicalismo de distintos grupos nacionales al contar éstos con peso político en las decisiones que se toman a nivel federal, con lo cual no se sienten excluidos del proceso de toma de decisiones. Al pertenecer a un sistema de este tipo, los grupos nacionales encuentran más benéfico utilizar los canales institucionales de negociación que les permiten influir directamente en la política nacional, que optar por estrategias más radicales que nos les reportarían a largo plazo los mismos beneficios.

La visión de Gurr (*Nonviolence in Ethnopolitics*, 2000, 157) al respecto considera que, si las reglas de un determinado arreglo político tienden a excluir sistemáticamente a minorías étnicas y nacionalistas, entonces la elección de estrategias pacíficas (institucionales) por parte de los líderes de estos grupos no es racional, con lo cual se abre la puerta para tácticas violentas de acción. Esta situación se presenta claramente con regímenes autoritarios no respetuosos de diferencias étnicas y culturales, y que son tradicionalmente conservadores e inflexibles ante cambios y demandas sociales (por ejemplo el régimen franquista en España).

Los regímenes democráticos son los más adecuados para albergar movimientos políticos no violentos con resultados

exitosos. El arreglo institucional democrático, naturalmente más flexible, reduce los costos de estos movimientos al enfrentarse a elites más responsivas ante grupos organizados con demandas y líderes electos susceptibles de presión política. (2000, 158) De igual forma, lo más importante para lograr cualquier arreglo político entre una minoría o etnia y un estado central son los compromisos creíbles, es decir, se requiere certeza sobre el cumplimiento de acuerdos aceptados por ambas partes.

Para el caso de la España franquista, los partidos políticos regionales no tenían cabida en el sistema político nacional, y mucho menos se podía esperar la consolidación de un sistema democrático consociacional o de cualquier otro tipo. Sin embargo, las posturas de estos autores permiten discernir los efectos de los partidos y organizaciones políticas regionales sobre sus comunidades, aún cuando sus posibilidades de negociación con el centro fueran muy reducidas. En el País Vasco se encuentra una sola formación política bien organizada que acapara las demandas nacionalistas de su comunidad, pero que para los años de la dictadura se encuentra desprestigiada y anquilosada, con lo cual pierde su posición básica de interlocución y de portavoz de las demandas nacionalistas de su comunidad.

En Cataluña, por el contrario, existe una pluralidad de partidos y organizaciones que, sin formar un arreglo político formal, logran abarcar una gama mayor de demandas provenientes de grupos distintos con ideas, posiciones y preferencias muy variadas. Es decir, aún con la marginación de los partidos políticos regionales por parte de la dictadura, se crea una especie de sistema de partidos que canalizan de forma institucional las demandas y expresiones nacionalistas de la comunidad histórica. Es un ejemplo que permite entender la importancia que los partidos políticos tienen como interlocutores de la sociedad a la cual representan y como alternativas institucionales al uso de estrategias más radicales como la violencia. 🐼

c) Elementos para un enfoque analítico alternativo:

cultura e instituciones políticas _____

El presente estudio recupera los valores culturales, y en específico la lengua, como factores explicativos para entender el contenido de la identidad nacional de vascos y catalanes, su distinción y aislamiento relativos frente al centro y para definir las estrategias de lucha por la supervivencia cultural y la autodeterminación política. Este estudio argumenta que la cultura es un factor de cohesión social poderoso que permitió aglutinar al pueblo catalán en torno a la defensa de la cultura, en específico de la lengua catalana, como manifestación de su lucha nacionalista. La poderosa cultura autóctona, lo arraigado de sus valores y su relativa cercanía con la cultura del centro permitieron crear un nacionalismo eminentemente pacífico.

Por el contrario, la inexistencia de valores culturales compartidos y de una lengua autóctona bien difundida entre los miembros del grupo étnico, evitó que el País Vasco creara una identidad cultural fuerte capaz de cohesionar al pueblo vasco. Esta carencia permitió la adopción de la violencia como método de cohesión social en torno a la causa nacionalista vasca. Es así como la cultura actúa contra la violencia, la desincentiva, la

debilita, le cierra espacios porque no es necesaria para crear una identidad nacional. La cultura, manifestada principalmente en la lengua, es suficientemente poderosa para constituirse en factor de unidad y para ser, al mismo tiempo, la estrategia de lucha más importante y eficaz.

Asimismo, este estudio recupera la explicación institucional para tratar de demostrar el crucial papel de los partidos políticos regionales (o nacionalistas) en la elección de las estrategias de lucha. El dinamismo político y la pluralidad de partidos de corte regional o nacionalista en Cataluña permiten mantener, aún durante la dictadura franquista, un canal institucional de expresión y concentración de demandas. Es decir, aún con la prohibición de todo tipo de partido u organización política de corte nacionalista, en Cataluña existieron organizaciones capaces de aglutinar a diferentes generaciones de catalanes (siendo los jóvenes los más radicales) en torno a la defensa de la lengua y la cultura como estandarte de lucha.

En el País Vasco, la existencia de un solo partido político bien organizado condicionó la evolución de una postura más radical del nacionalismo vasco que no encontró útil una estrategia pacífica o institucional de negociación frente al centro. Al no

existir más opción que el desprestigiado PNV, los jóvenes vascos consideran que una estrategia pacífica de acción no les permitiría conseguir sus objetivos de autonomía y supervivencia cultural. Este factor es clave para entender el vuelco que se da hacia la violencia en el País Vasco que está prácticamente ausente en el caso catalán.

La violencia, entonces, es escogida por un grupo nacionalista, en este caso el vasco, para aglutinar a su población (herramienta de cohesión e identificación social) y como alternativa eficaz y viable a estrategias pacíficas que han comprobado su ineficacia. El enfoque culturalista permite explicar la violencia como factor de unidad en ausencia de valores culturales compartidos. La explicación institucional permite entender a la violencia como una estrategia escogida por las expectativas de un grupo nacional que ha desacreditado la utilidad de canales institucionales y pacíficos para lograr sus objetivos de autodeterminación política.

El capítulo siguiente está dedicado a la descripción y análisis de los principales acontecimientos históricos que forjaron el régimen franquista. Asimismo, la perspectiva histórica desarrollada a continuación permite entender la evolución de las

demandas de los grupos nacionales aquí estudiados, así como los acontecimientos que determinarían su futuro inmediato bajo la dictadura de Francisco Franco. Posteriormente, cada caso de estudio está desarrollado en un capítulo respectivo, tanto histórica como analíticamente a la luz de las teorías y argumentos antes descritos. 📖

I

- Perspectiva histórica:
● "España, una, grande y libre"¹⁷

La implantación de la dictadura franquista al terminar la Guerra Civil anuló abruptamente cualquier posibilidad de reinstaurar un gobierno republicano que permitiera la consolidación de un régimen democrático en España. Esto significó un claro retroceso para los intereses políticos de las autonomías, las cuales vieron esfumarse los logros alcanzados con la Segunda República (por ejemplo, la promulgación de sus respectivos Estatutos de Autonomía) La dictadura impuso un nuevo y más fuerte peligro contra la autonomía relativa de cada nacionalidad histórica de España, y provocó un cambio de estrategias por parte de las comunidades para seguir peleando por su autodeterminación.

El violento proceso, siempre inacabado, de construcción nacional recomenzado por Franco cerró espacios para la manifestación nacional de las comunidades, y fomentó su

¹⁷ Basado en:

Jean Grugel y Tim Rees, *Franco's Spain*, Londres, Editorial Arnold, 2002.

Raymond Carr, *España: de la Restauración a la democracia 1875-1980*, Ariel Historia, Barcelona, 2001, pp. 163 – 243.

Emile Témime, *et al.*, *Historia de la España Contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días*, Ariel Historia, pp. 223 – 362.

radicalización progresiva al tener que defenderse de la aniquilación cultural y política por parte del gobierno central. La instauración de la dictadura es, entonces, un catalizador de las diferentes posturas que tomaron los movimientos nacionalistas, pero sobre todo de su resurgimiento y su mayor arraigo social.

El 29 de noviembre de 1936, la Segunda República Española llega a su fin con la toma del poder por parte del Gral. Francisco Franco como resultado de un levantamiento militar iniciado unos meses atrás (17 de julio de 1936). Apoyado por la mayor parte del ejército, Franco organiza un golpe de estado que concluye este periodo republicano intermedio entre dos dictaduras¹⁸. La Segunda República constituyó un fallido intento por implantar en la sociedad española reformas estructurales de tipo liberal, y fracasó principalmente por la parálisis interna del régimen. Franco, al iniciar su levantamiento militar, se encontró con una España profundamente dividida ideológica, social y territorialmente, lo cual sumió al país en una cruenta guerra civil de 1936 a 1939. Como resultado, creó un régimen dictatorial

¹⁸ La Segunda República se ubica entre la dictadura del Gral. Primo de Rivera (1923-1930) con la posterior caída de la monarquía de Alfonso XIII (1930-1931), y la dictadura del Gral. Francisco Franco (1936-1975).

que intervendría en la vida política, económica, social, cultural y hasta la vida privada de millones de españoles por los siguientes 35 años.

El movimiento encabezado por Franco recibió el nombre de Movimiento Nacionalista, y se enfrentó por tres años a los partidarios de la República que siguieron luchando para evitar la implantación de la dictadura (Grugel y Rees, 1997, 14) La consolidación del poder en manos de Franco y su régimen se logró a través de la llamada Cruzada Nacionalista, la cual se basó en dos pilares fundamentales para cumplir sus objetivos, la Iglesia y el Ejército. Estas dos instituciones, ambas con fuerte arraigo, influencia y presencia social, dotaron al franquismo de la fuerza necesaria para vencer a los republicanos, así como de la justificación moral necesaria para legitimar la dictadura y de las bases para crear el andamiaje institucional que sustentaría al régimen por décadas.

La Iglesia católica tenía especial interés en la victoria de Franco, ya que la Cruzada Nacionalista significaba el recuperar sus prerrogativas y privilegios, así como la reimposición de los valores morales católicos más tradicionales en la sociedad. Es decir, se identificó desde el inicio al Catolicismo como parte intrínseca del

nacionalismo español, o de la idea que el franquismo desarrolló de él (1997, 10) Durante la Segunda República, las reformas liberales atentaron contra los intereses más fundamentales de la Iglesia, ya que lograron la separación iglesia-estado y le quitaron el monopolio sobre la educación, de ahí el interés del clero por recuperar su posición privilegiada de poder.

Así pues, la doctrina católica se mezcló con el franquismo para crear una ideología sumamente poderosa que legitimaba un régimen no solo en el plano político, sino también en el moral. La Cruzada Nacionalista, entonces, no significaba sólo el recuperar la unidad nacional derrotando a los partidarios de la República, sino salvar al país del enemigo, del partidario de la división nacional y del secularismo. Es decir, se convirtió en una lucha entre el bien y el mal, entre los verdaderos y los falsos españoles, de ahí lo emblemático del término “cruzada” (1997, 9)

La Segunda República fue un gobierno progresista que decidió reconocer las demandas por autonomía de las nacionalidades históricas del interior de España, razón por la cual aprobó el Estatuto de Autonomía de Cataluña (1932) así como el restablecimiento de los fueros en el País Vasco (1935), por mencionar las dos regiones de interés para este estudio. Este acto

fue satanizado posteriormente por el franquismo que ostentaba como uno de sus más importantes preceptos y objetivos la defensa y consolidación de la unidad nacional, enarbolando como lema: “España, una, grande y libre”. (1997, 68)

Por esta razón, dicho régimen desconoció, inmediatamente después de hacerse del poder, cualquier expresión, concesión o demanda por autonomía regional. Derogó tanto el Estatuto de Autonomía catalán como la reinstalación de los fueros en el País Vasco, y culpó tanto al régimen republicano como a los mismos catalanes y vascos de atentar contra la unidad de España. La *Generalitat* (gobierno autónomo de Cataluña) y el Gobierno Autónomo Vasco fueron obligados a exiliarse ante la manifiesta intención de Franco de unificar por la fuerza el territorio nacional y concentrar el poder en el régimen central. Vascos y catalanes, entonces, no encarnaban al enemigo por haber peleado por la República, sino además por representar los intereses de desintegración nacional al tener reclamos de autonomía política y distinción cultural. (1997, 70)

El franquismo constituyó un fuerte aglutinador de todas las corrientes antirrepublicanas, permitiéndole así formar una coalición política y social muy cohesionada. Franco utilizó la

represión como técnica básica para purgar a la sociedad española con el fin de evitar el renacimiento de la República y de los regionalismos. La represión contra zonas como el País Vasco y Cataluña, tanto por su filiación republicana como por su vocación autonómica es más conocida y obvia, sin embargo, los actos de represión no se limitaron a las zonas “enemigas” sino también a las zonas bajo control franquista para adoctrinar a la sociedad y evitar sublevaciones posteriores (1997, 67) La intención era extirpar de raíz cualquier vestigio o ideal republicano de la población.

Para lograr este objetivo, se llevaron a cabo ejecuciones sumarias, encarcelamientos sin juicio y se construyeron campos de concentración para todos los juzgados por los tribunales militares (en su mayoría ex combatientes republicanos). La represión se fue formalizando o institucionalizando como mecanismo de coerción y control social a medida que el régimen se consolidaba en el poder, cobrándose entre 35,500 y 200,000 vidas (dependiendo de la fuente) en el periodo inmediato al fin de la guerra civil y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y sumando 400,000 encarcelamientos al medio millón de presos de guerra del régimen (1997, 26).

La dictadura encubrió todos los actos de represión con una fachada legal y no concedió amnistía a los republicanos derrotados

una vez terminada la guerra. Además de los republicanos, eran considerados enemigos del régimen, y por tanto de España misma, los comunistas, los sindicalistas, los liberales, es decir, cualquier partidario de la república o de alguna opción política de izquierda. La represión contra estos grupos aumentó terminada la Guerra Civil por un afán de venganza y por el deseo de extirpar estas ideologías de la sociedad. Cualquier ex republicano o simplemente no nacionalista era sospechoso y sujeto de represión.

Como ejemplos de políticas de venganza y castigo están la Ley de Responsabilidades Políticas de febrero de 1939 y la Ley de Supresión de la Masonería y el Comunismo (obsesiones de Franco) de marzo de 1940. (1997, 24 y 25) No hubo política de reconciliación contra los opositores, sino un recrudescimiento de las sanciones y las persecuciones políticas. Se favoreció una yuxtaposición de tribunales militares y agencias policiales con amplia gama de acción para erradicar cualquier oposición al régimen. No existen registros exactos de los actos de represión llevados a cabo por la dictadura franquista, pero se sabe que dicha política fue sistemática, continua e institucional.

Los sectores sociales más sujetos a la represión franquista están claramente definidos, es decir, hay un fuerte componente

clasista e incluso geográfico en la política de represión del régimen: 1. Clases bajas rurales y urbanas anteriormente afiliadas con sindicatos u organizaciones civiles; 2. Campesinado catalán, el cual exigió derechos de propiedad a los grandes latifundistas durante la República; 3. Campesinos y recolectores afiliados a sindicatos en el centro y norte de España; 4. Clase obrera urbana, por su afiliación a sindicatos y por haber expropiado durante la Guerra Civil empresas, minas, talleres y fábricas que después recuperaron los patrones con el franquismo; 5. Profesores universitarios, intelectuales y maestros, los cuales constituyeron el bastión tradicional del republicanismo liberal; 6. Las comunidades de Asturias, Cataluña y País Vasco (comisiones especiales para cada una) por su filiación marcadamente republicana y para procesar a todos los que esperaban juicio desde el fin de la Guerra Civil, y; 7. Separatistas de clase media en el País Vasco y Cataluña por la reivindicación de derechos de autonomía regional. Estos últimos eran objetos especiales del odio de los militares por ir contra el principio de unidad nacional. (1997, 26)

Hacia 1945, la represión por parte del régimen baja por temor a sanciones de los aliados vencedores en la Segunda Guerra Mundial, y porque la represión se estaba utilizando por miembros

del régimen por motivos políticos que podían minar la estructura completa del régimen. Sin embargo, la estrecha vigilancia y las persecuciones en contra de opositores continuó con redes de informadores controlados por el ejército, con una policía secreta, con policía del Estado y con guardias paramilitares.

Los gobiernos autonómicos y los republicanos en el exilio (principalmente en México, Francia y la ex Unión Soviética) no cesaron en sus intentos de derribar a Franco buscando apoyo internacional, sobre todo en la coyuntura del fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, nunca mostraron un frente común y se culparon unos a otros por la derrota en la Guerra Civil. No encontraron el apoyo interno que esperaban y las guerrillas que se organizaron para derribar a Franco sufrieron derrota tras derrota al enfrentarse a un ejército nacional mejor armado y entrenado. Estas guerrillas tuvieron que empezar a saquear a la población civil para aprovisionarse, con lo cual alienaron su mayor fuente de apoyo potencial. (Carr, 2001, 217)

Las clases medias altas y altas, así como los pequeños propietarios apoyaban al régimen franquista y no querían alterar el *statu quo*, sin menospreciar la memoria todavía muy reciente de la Guerra Civil que hizo que muchos desistieran de apoyar

intentos de derrocamiento con tal de evitar un nuevo conflicto sangriento. Por último, terminada la Segunda Guerra Mundial, la España franquista queda relegada de la escena internacional. Hay algunas condenas al régimen pero pocas acciones decididas encaminadas a presionar la salida de Franco del poder. Con el inicio de la Guerra Fría, no solo no se trató de sacar del poder a la dictadura franquista, sino que se le dio reconocimiento internacional y apoyo político y económico al constituir un bastión contra el avance del comunismo. La obsesión de occidente, en especial de Estados Unidos, contra el comunismo le permitió a Franco negociar con las grandes potencias y consolidarse en el poder por tres décadas más. (2001, 228)

De 1945 a finales de los años cincuenta tenemos el periodo de auge del régimen franquista. A excepción de 1956 en que estalla una crisis universitaria con protestas y manifestaciones importantes, el régimen franquista se consolida en el poder y se mantiene estable durante todo este tiempo. Las políticas represivas van disminuyendo paulatinamente al alcanzar mayor control e intervención en la sociedad. El Estado intervino para controlar la vida intelectual y cultural del país, así como la educación, la economía, el deporte, el entretenimiento, los medios

de comunicación, el papel de las mujeres y hasta la organización y la estructura familiar. La dictadura franquista logró penetrar en los aspectos más importantes de la sociedad española, es decir, intervino en el ámbito de lo cotidiano rompiendo posibles lazos de solidaridad y confinando a los individuos al ámbito de lo privado. Con esto logró reducir al máximo las posibilidades de movilización social y cultural necesarias para articular demandas políticas, regionales o nacionalistas (Grugel y Rees, 1997, 40).

La estructura del régimen estaba basada en tres pilares: la Falange Española Tradicionalista o FET¹⁹, la Iglesia y el Ejército. La estrecha relación entre la doctrina del régimen y el catolicismo le permitió al franquismo influenciar incluso la moral individual y la estructura familiar. Es decir, el catolicismo mezclado con los principios políticos conformaron una poderosa doctrina que le sirvió al régimen como un medio muy eficaz de control social (Nacional-catolicismo). (Témime, 1995, 291)

La base social en la que estaba fundado el régimen y sobre la cual gobernaba eran las clases rurales, consideradas como el bastión de los valores y principios españoles más tradicionales. Hacia

¹⁹ Partido único creado en 1937 con principios fascistas y corporativistas de organización social y política que aglutinaba a todos los sectores de la sociedad, desde los sindicatos hasta las mujeres y los jóvenes; base política institucional de la dictadura de Franco.

finales de los cincuenta, España es una sociedad mayoritariamente agraria, pero que empieza a experimentar fuertes cambios estructurales impulsados por las transformaciones económicas del país. A mediados de los años cincuenta, hay cambios dentro de la elite gobernante, ya que tecnócratas provenientes del Opus Dei toman gran peso político y relevancia en las decisiones del régimen.

Este grupo es menos tradicionalista que los militares o los falangistas y llevan a cabo reformas, sobre todo económicas, para modernizar al país. Esto provocó un proceso de industrialización que conllevó procesos de migración campo-ciudad y urbanización, con lo cual las zonas rurales del país se fueron despoblando poco a poco creando así nuevos grupos sociales con nuevas demandas de participación política y con nuevas redes de solidaridad, información y cooperación. Las estructuras sociales en las cuales se basaba el régimen franquista se transformaron drásticamente, sentando las bases de los futuros conflictos estado-sociedad en la década de los sesenta. (1995, 319 y 320)

En los años sesenta se presenta un cambio generacional evidente, dando paso a grupos numerosos de estudiantes en las universidades, centros tradicionales de debate y apertura ideológica.

Esta nueva generación que está poblando las universidades y cuestionando el sistema político no tiene memorias de la guerra civil, por lo que es la primera generación que elimina el trauma de la guerra y empieza a exigir la apertura del régimen. De hecho, desde finales de los cincuenta se observa un relajamiento en las políticas del control del régimen que tolera un poco más la crítica, revalora sus disposiciones en cuanto al papel de la mujer, del divorcio, entre otros.

Dentro de la elite gobernante hay divisiones entre los grupos más cerrados y tradicionales que ven con recelo la relajación en el control de la sociedad, y los grupos más moderados que están dispuestos a conceder algunos cambios y reformas para preservar el poder y no desconectar totalmente al régimen de los ciudadanos. Estas grietas en la elite gobernante permitieron abrir resquicios o espacios de negociación para organizaciones de oposición de todo tipo (sindical, estudiantil, regionalista, etc) que con el tiempo se fueron ensanchando hasta abrir las estructuras políticas del régimen autoritario de Franco. (Carr, 2001, 230)

Como consecuencia de las divisiones crecientes al interior del franquismo se abrieron oportunidades y bajaron los costos inmediatos de acciones violentas, pues el régimen fue entrando

en una crisis de legitimidad que le restó capacidad represiva. Es decir, y siguiendo a Tarrow, la “estructura de oportunidades”²⁰ de los diversos grupos disidentes (de carácter nacionalista en este caso) cambió por completo al enfrentarse a una elite gobernante menos cohesionada entre si en torno a las mismas posturas, los mismos intereses y estrategias de lucha contra expresiones autonómicas. Las oportunidades de negociación y de presión política aumentaron sensiblemente dada la relajación en los métodos represivos y a las grietas entre grupos de la elite del régimen franquista, lo que explicaría también porque la ETA opta por la violencia de forma más abierta al no enfrentarse a una respuesta represiva tan violenta y fuerte como en años anteriores. Con la violencia, la ETA intentaba polarizar a la clase política gobernante para encontrar espacios de negociación que le permitieran conseguir sus objetivos.

Sin embargo, el clima de relativa apertura del régimen se extiende hasta 1966 en que se recrudece la represión contra grupos opositores, incluidos ahora los estudiantes universitarios²¹, por

²⁰ En palabras de Tarrow, “*When institutional access opens, rifts appear within elites, allies become available, and states capacity for repression declines, challengers find opportunities to advance their claims. When combined with high levels of perceived costs for inaction, opportunities produce episodes of contentious politics.*” (Tarrow, *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, 1998)

²¹ Por ejemplo contra el Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB).

el miedo de Franco de perder el poder. Los grupos ya formados no se desintegraron con esta nueva ola de represión, sino que siguieron luchando y oponiéndose a un régimen que poco a poco se fue desconectando de la sociedad. El régimen franquista no pudo responder a los cambios sociales y sus intentos por lograrlo fueron muy tímidos, con lo cual su permanencia a futuro se vio seriamente dañada.

Por otra parte, la relativa apertura del régimen permitió el ingreso de nuevas ideologías extranjeras que permearon a las nuevas generaciones dándoles justificaciones morales y teóricas a sus demandas, y permitiéndoles identificarse con otros movimientos similares en el mundo. A pesar de tratar de aislar a España del mundo, en lo económico, lo político y sobre todo en cuanto al flujo de información, la dictadura no logró evitar que las tendencias del mundo afectaran a España. Incluso el contacto con turistas extranjeros le permitió a la población darse cuenta que fuera de España había un mundo también en cambio constante del que no podían excluirse, ni siquiera por la obsesión de un dictador. (Grugel y Rees, 1997,)

A partir de 1966, tres grupos encabezan la oposición más abierta contra el régimen: los sindicatos, los nacionalistas

regionales y los estudiantes (Témime, 1995, 316) Ninguno de estos grupos sabía hasta qué punto la dictadura toleraría sus actos de oposición, pero aún así no cesaron sus acciones. Las huelgas y manifestaciones laborales fueron quienes movilizaron a la mayor cantidad de personas, haciendo que el régimen franquista recrudeciera la represión por temor al colapso. Las demandas laborales dieron paso a demandas políticas, con lo cual los sindicatos recibieron apoyo de muchos otros sectores para protestar contra la dictadura. (1995, 316 y 317)

En este contexto surge la oposición armada por parte de ETA, la organización nacionalista vasca que optó por la violencia como estrategia de lucha y presión contra el régimen por lograr la autonomía del País Vasco. La represión franquista fue sufrida por ETA pero también por la población civil para tratar de alienar el apoyo popular a la organización; se declararon seis estados de emergencia en el País Vasco de 1966 a 1970 (Grugel y Rees, 1997, 91) Asimismo, se organizaron juicios sumarios para los miembros de ETA, como los Juicios de Burgos de 1970.²² En esta época, ETA contaba con apoyo popular dentro y fuera del País Vasco e incluso a nivel internacional. Las protestas contra los juicios de

²² Ver detalles del Juicio de Burgos en el capítulo dedicado al caso vasco.

Burgos fueron una expresión más de descontento social con el régimen, el cual entró en su etapa de franca decadencia.

Las protestas estudiantiles fueron una constante durante los años sesenta y se dieron principalmente en Madrid, Barcelona (Cataluña) y Bilbao (País Vasco). El objetivo de los estudiantes era ganar autonomía académica para las universidades y poner fin a la intervención del estado en la educación. En 1965 fue abolido el Sindicato de Estudiantes Universitarios que aglutinaba a este sector de la población en la estructura del la FET u organización política del régimen. Estas manifestaciones alcanzaron su clímax en 1968 cuando los enfrentamientos con las fuerzas represivas del estado alcanzaron un alto nivel de violencia y empezaron a cobrarse vidas de estudiantes. La represión aumentó y la policía comenzó a tomar las universidades, con lo cual se convirtieron en bastiones antifranquistas hasta 1975. (1997, 92 y 93)

Otro factor que debilitó considerablemente al régimen fue el cambio de posición del clero católico español. Como resultado del Concilio Vaticano II y del cambio generacional al interior de la jerarquía católica española, la Iglesia adoptó posturas que provocaron contradicciones y críticas profundas contra el autoritarismo franquista. El clero vasco, único de filiación

republicana durante la guerra civil, fue el más reticente a apoyar la dictadura, y cuando ETA surge como oposición violenta al régimen, este sector regional de la iglesia integrado por sacerdotes jóvenes apoya sus acciones. En Cataluña, el clero, joven también, se identifica con las demandas de autonomía regionales y es así como el régimen franquista pierde uno de los aliados más importantes en el control y adoctrinamiento de la sociedad. (Carr, 2001, 227-231)

Carrero Blanco ²³ fue asesinado el 20 diciembre de 1973 por un atentado de ETA, y esto provocó una crisis política en el régimen. Además, la economía española fue afectada por la crisis económica internacional de ese mismo año, y para contrarrestar los problemas y mantener al régimen a flote, Franco nombró a un miembro del ala dura de su camarilla como Jefe de Gobierno, Carlos Arias Navarro. Los conflictos entre la elite gobernante continuaron entre quienes optaban por una liberalización moderada del régimen para evitar el colapso, y quienes eran partidarios de un endurecimiento del régimen frente a las fuerzas de oposición, sobre todo de cara al terrorismo de ETA. (Grugel y Rees, 1997, 93 y 94)

²³ Almirante Luis Carrero Blanco, hombre cercano a Franco, miembro del ala más dura y tradicional de la FET. Vicepresidente del Gobierno Español del 21 de septiembre 1966 al 20 de diciembre de 1973 en que fue asesinado. (Carr, 2001, 232)

La salud de Francisco Franco fue empeorando poco a poco hasta su muerte el 20 de noviembre de 1975. La decadencia de su régimen se debió al anquilosamiento y anacronismo de las instituciones autoritarias, a la oposición creciente de muchos sectores sociales y a las transformaciones socio-económicas de España principalmente durante los años cincuenta y sesenta, entre otros. Las mismas facciones dentro del régimen fueron negociando parcialmente con distintos sectores de oposición para buscar un lugar e intentar mantener sus privilegios y poder frente a un colapso inminente de la dictadura. Finalmente, el franquismo dio paso a la transición democrática y se implantó la monarquía constitucional que hasta hoy preside Juan Carlos I.

El franquismo, dentro de sus preceptos, creó un mito sobre la grandeza de España y retomó las glorias militares e imperiales del pasado como referente para el supuesto futuro de la nación española, todo de acuerdo al modelo fascista italiano tan admirado por Franco. El régimen prometió hacer de España nuevamente una potencia imperial, es decir, creó todo un proyecto nacional que fortaleciera el nacionalismo de la sociedad española. Dicho objetivo quedó por supuesto en el ámbito de las intenciones y nunca se tradujo en hechos concretos.

En este esquema unificador que podría tomarse como un proceso de *state-building nationalism*, ninguna expresión de autonomía regional (por no decir de independencia) podía considerarse, siquiera tolerarse. Esto alimentó la represión que por más de 30 años sufrieron las comunidades autónomas, y en especial, las dos más importantes por su peso cultural, histórico y económico, Cataluña y el País Vasco. Las políticas gubernamentales franquistas atentaron directamente contra la supervivencia cultural de estos pueblos, orillándolos a optar por estrategias nacionalistas para combatir la aniquilación cultural, con lo cual se dio un proceso paulatino de fortalecimiento de nacionalismos periféricos.

Además del estricto control y censura ejercidos por el régimen en todos los ámbitos de expresión cultural y en medios de comunicación, el franquismo prohibió la utilización de lenguas autóctonas distintas del castellano²⁴. Asimismo, prohibió cualquier actividad que pudiera alimentar las aspiraciones de autonomía regional para imponer desde arriba una nueva cultura

²⁴ Ley para la Defensa de la Lengua, promulgada en 1941. Su objetivo era instaurar como lengua oficial al castellano proscribiendo el uso de cualquier lengua autóctona e incluso modismos extranjeros. (Grugel y Rees, 1997, 139)

nacional, una lengua única y símbolos nacionales compartidos. Es así como durante la dictadura franquista, cualquier expresión de nacionalismos regionales se dio en la clandestinidad, apoyados desde el extranjero por los gobiernos autonómicos en el exilio, pero con escaso efecto.

En las primeras dos décadas de la dictadura franquista, la represión disuadió a las comunidades autonómicas de movilizarse abiertamente en exigencia de respeto a sus derechos históricos, al uso de sus lenguas y demás. No fue sino hasta finales de los años cincuenta y más propiamente en la década de los sesenta, periodo que coincide con una relajación de las medidas represoras y unitaristas del régimen, que los nacionalismos regionales y las demandas por autonomía resurgen con más fuerza para continuar hasta nuestros días. A pesar de sus esfuerzos, la dictadura franquista lejos de homologar cultural y lingüísticamente a España logró alimentar los sentimientos nacionalista de vascos, catalanes y otros grupos. Irónicamente, el régimen integrador fomentó la fragmentación cultural del país que conllevó a la fragmentación política posterior. En su libro *España en Democracia 1975-2000* (2001), Charles Powell afirma que,

A medio y largo plazo, el franquismo no solamente fue incapaz de suprimir las diferentes identidades nacionales [...] del territorio español [...], sino que su torpe beligerancia contribuyó a su fortalecimiento y, en algunos casos, a su recreación. En suma, la dictadura no sólo fomentó involuntariamente las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos, sino que logró que éstas fuesen asumidas por buena parte de la oposición no nacionalista. (2001, 77)

Los intentos unitaristas del régimen franquista y sus estrategias represoras fomentaron la identificación del españolismo con el autoritarismo en las comunidades autónomas. Además, propició que la causa democrática se identificara íntimamente con la causa autonómica, es decir, la lucha por la democracia se ligó indisolublemente con la obtención de la autonomía. (2001, 77) 📖

V. El nacionalismo vasco²⁵

El País Vasco es una de las regiones de España con mayor tradición de autonomía, ya que desde siglos atrás contó con instituciones locales de gobierno con ciertas facultades, sobre todo en el ámbito económico, que exentaban a los vascos del pago de impuestos y de cumplir con el servicio militar. Estas instituciones se conocen como *fueros* y no fue sino hasta los siglos XVII y XVIII que fueron debidamente codificadas y formalmente establecidas en acuerdos llevados a cabo con la monarquía española (Conversi, 2000, 45) Aunque políticamente eran muy limitadas las atribuciones de las instituciones forales vascas, gracias a sus facultades económicas fue desarrollándose cierta tradición o cultura arraigada de autonomía y diferenciación de la sociedad vasca frente al resto de España.

²⁵ Basado en:
Daniele Conversi, *The Basques, The Catalans and Spain*, Reno, University of Nevada Press, 2000.
Emile Témime, *et al.*, Historia de la España Contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días, Ariel Historia, pp. 170-173.
Jean Grugel y Tim Rees, *Franco's Spain*, Londres, Editorial Arnold, 2002, pp. 128 - 153.

Hacia 1833, España se divide profundamente entre los partidarios de la reina Isabel II y de Don Carlos, hermano del difunto rey Fernando VII y pretendiente de la corona española. Las regiones más hostiles históricamente a la centralización castellana, el País Vasco incluido, se movilizan a favor del movimiento carlista que propone la restitución de privilegios locales una vez que fuera coronado Don Carlos (Témime, 1995, 53). La etapa carlista y la tradición foralista serán los alimentos más importantes del nacionalismo vasco durante el siglo XIX y servirán de referente histórico para sostener y legitimar sus reclamos de autonomía posteriores.

Según Elorza, “Las dos sublevaciones carlistas [...] fueron lógicamente otras tantas escuelas de violencia para el campesinado vasco”. Además, argumenta que la ideología del movimiento carlista presentaba una visión maniquea del mundo y de las relaciones sociales que se complementaba perfectamente con la reticencia y casi fobia del pueblo vasco frente a todo lo extranjero (sobre todo español). (Elorza, 2000, 32) Finalmente, el autor argumenta que “tanto la traslación de las desgracias carlistas al mito nacional como el enfrentamiento a la nueva realidad de la Vizcaya industrial configuraban un arsenal de ideas para cuya

oferta no faltaron los posibles clientes en una sociedad sometida a un acelerado proceso de cambio”. (Elorza, 2000, 41)

En 1876, los fueros vascos son finalmente abolidos ²⁶ y aquí empieza el apoyo sistemático de la sociedad vasca a cualquier movimiento que representara un desafío contra la autoridad central en España. (Conversi, 2000, 46) Durante la década posterior (años 1880) comienza un proceso de modernización e industrialización importante en el País Vasco, con lo cual la región se convierte en polo de atracción para muchos inmigrantes. Esta penetración de otras culturas, costumbres y lenguas fortaleció el nacionalismo vasco sobre todo en la media y baja burguesía, así como en las clases más bajas que pugnan por el restablecimiento de los fueros y de los derechos autonómicos. Sin embargo, las clases altas (la oligarquía) pierden sus demandas nacionalistas al ir recibiendo más beneficios, sobre todo económicos, de Madrid; es decir, dejan de lado sus demandas autonómicas al irse asimilando política y económicamente a una régimen de tipo nacional dirigido desde el centro. (Conversi, 2000, 48)

La incorporación de los inmigrantes a la sociedad vasca fue sumamente difícil. De hecho, no puede hablarse de una

²⁶ Aunque Sabino de Arana argumentara que fueron abolidos en 1839 cuando se afirmó la supremacía de la Constitución española. (Elorza, 2000, 39)

incorporación total, ya que pudieron integrarse a la sociedad pero nunca al nacionalismo vasco. Para este momento, los jóvenes vascos han perdido ya el uso de la lengua autóctona y el nacionalismo regional se basa en su tradición foralista, pero no hay un nacionalismo cultural arraigado y bien identificado.²⁷ Esto evitó que los inmigrantes pudieran crear una causa común con la sociedad que los recibía en la lucha por la reivindicación de sus derechos autonómicos.

De 1890 en adelante pueden observarse atisbos de renacimiento cultural vasco con el intento deliberado de recuperar el uso del *euskera* mediante organizaciones dedicadas al rescate de la cultura autóctona (por ejemplo la Asociación Euskara dirigida por Arturo Campion). No es sino hasta la aparición de Sabino de Arana que puede hablarse de un nacionalismo político y cultural vasco bien definido. (2000, 50 y 51)

La figura de Sabino de Arana es excepcional dentro de los nacionalismos regionales en España, ya que en ninguna otra comunidad existe un teórico del nacionalismo como él. El nacionalismo vasco es de los pocos en el mundo que le debe a una

²⁷ En palabras de Elorza, “En el siglo XIX, el retroceso del euskera acompaña al empobrecimiento y a la pérdida de población de las zonas agrarias, en tanto que la industrialización focalizada en Vizcaya conlleva cambios demográficos (inmigración de trabajadores) y pérdida de la cultura tradicional. (Elorza, 2000, 41)

persona su contenido simbólico y sus valores más destacados. Fue el fundador de la primera organización política netamente vasca (Consejo Nacional de Vizcaya, Bilbao, 1895), la que después se convertiría en el Partido Nacionalista Vasco, y diseñó también su programa político. Arana es el inventor de los símbolos nacionales vascos (himno, bandera, definición geográfica del territorio) y de la ideología nacionalista; no existe una figura tal en otro caso, por ejemplo en Cataluña, donde existen múltiples teóricos del nacionalismo reconocidos por sus contribuciones intelectuales, pero no por la invención de la ideología nacionalista como tal. (2000, 54)

Es Arana quien define al nacionalismo vasco en relación a los *otros*, es decir, con los inmigrantes y el resto de España. Lejos de crear un nacionalismo incluyente, Arana definió este nacionalismo con base en un componente étnico muy excluyente enfrentando a la “amenaza inmigrante”. Su objetivo era preservar una concepción racial pura del pueblo vasco para dividir a la población local de los inmigrantes, principalmente de Castilla (la tierra de los opresores según Arana).²⁸ La lengua fue utilizada

²⁸ “Ante todo, Arana es un racista que conjuga las posiciones del racismo del Antiguo Régimen, asentado en la pureza de sangre, y del nuevo racismo que justifica la exclusión de pueblos y hombres juzgados como inferiores. [...] sus propuestas ofrecían una sanción de apariencia histórica y religiosa a posiciones y actitudes que de otra forma cualquiera juzgaría como inhumanas. Y que desde hoy cabe pura y simplemente estimar como pre-nazis.” (Elorza, 2000, 42)

para crear una barrera entre los vascos y los no vascos, por lo que cumplió la función contraria que en Cataluña, donde es precisamente la divulgación y el aprendizaje más sencillo del catalán lo que le permite a los inmigrantes incorporarse por completo a la sociedad huésped y aglutinar a favor del catalanismo a nuevos grupos comprometidos con los derechos autonómicos y culturales de la comunidad.

Arana utiliza el racismo para probar la superioridad del pueblo vasco sobre los demás y para crear una identidad propia y distintiva.²⁹ La lengua es de difícil aprendizaje, y esto le permite a los vascos tener un elemento adicional de enorme peso para demostrar su excepción cultural y poderse diferenciar del resto de España y el mundo. En palabras de Arana, “Hay que desterrar todo afecto hacia lo español, hacer del idioma el bastión que impida las relaciones entre vascos y españoles...” (Elorza, 2000, 42) Asimismo, esta concepción de especificidad cultural le permitió a Arana proteger los valores nacionalistas vascos de influencias externas que pudieran minarlos. Consideraba que lo puro era lo vasco, tradicional y cristiano, y lo impuro todo lo español; en

²⁹ En palabras de Elorza, “[para Sabino de Arana] el capital objetivo de conservar el alma euskaldún no era sólo cuestión de voluntad en una sociedad que [...] se encontraba bajo la amenaza de una inevitable degradación por el contacto cotidiano con un pueblo degenerado, el español, causante además de su subordinación política”. (Elorza, 2000, 38)

pocas palabras, “el odio hacia todo lo español se convierte en la seña de identidad del buen vasco”. (Elorza, 2000, 39)

En la concepción aranista, el nacionalismo vasco está indisolublemente ligado a los valores del catolicismo, de ahí que propusiera métodos siempre pacíficos de lucha, un precepto que fue ignorado definitivamente a partir de 1959 por los nacionalistas más radicales. Él proponía que ante la represión y los intentos de extinción cultural, el pueblo vasco debía refugiarse en las montañas, cuna de su cultura y bastión de su preservación. Medio siglo después, es precisamente la población rural vasca la que apoya más decididamente a ETA y es, en efecto, el baluarte de la cultura autóctona regional. (2000, 60 – 62) Arana propone claramente como objetivo último del nacionalismo vasco la independencia total de España, y este precepto será evocado por todos los grupos nacionalistas subsecuentes, principalmente ETA. (Elorza, 2000, 43)

Hacia finales del siglo XIX y hasta la década de los veinte, el PNV obtiene victorias electorales incipientes, por ejemplo, cuando el mismo Arana fue electo como representante ante la Asamblea Provincial de Vizcaya en 1898. (Témime, 1995, 172) Con algunos altibajos en sus resultados electorales, el PNV se fue

consolidando como una organización política regional importante y como una opción para los electores del País Vasco con creciente presencia regional. El PNV fue moviéndose hacia posturas más moderadas para alcanzar mayor apoyo popular, lo que significó dejar de lado sus demandas separatistas más radicales. (1995, 173)

Asimismo, este periodo coincide con la apertura de centros dedicados al rescate y revaloración de la cultura vasca, en especial de la lengua. Como ejemplos están la Sociedad de Estudios Vascos fundada en 1918 y la Academia de la Lengua Vasca del mismo año. (Conversi, 2000, 71) Ambas tenían como propósito refundar las bases de la cultura vasca concentrándose primordialmente en la lengua. Su cometido era crear una gramática propia y una sintaxis para el *euskera*, con el fin de otorgarle un mayor nivel en términos de prestigio literario y académico. Desde este momento se reconoce la centralidad de la lengua como pilar del nacionalismo vasco y como vehículo clave de promoción de valores culturales compartidos. Es un periodo de renacimiento y vigorización del nacionalismo cultural vasco que coincide con un fortalecimiento del PNV como opción política regional. Dicho partido fue conducido bajo los preceptos aranistas hasta la Guerra Civil con muy pocas alteraciones teóricas.

La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) obligó al PNV a seguir sus actividades en la clandestinidad al prohibir cualquier organización o partido político regional. Muchas publicaciones locales, como el diario nacionalista *Aberri*, fueron clausuradas instaurando un clima total de censura y represión contra reivindicaciones nacionalistas o regionalistas (Témime, 1995, 231) La represión en contra de los autonomismos provocó un fortalecimiento de sentimientos nacionalistas a nivel social en cada comunidad, por lo que una vez terminada la dictadura los reclamos y demandas por autonomía y respeto cultural se acrecentaron. La expresión nacionalista cultural cobró gran importancia en este periodo en el País Vasco (también en Cataluña) al estar prohibida cualquier manifestación o actividad política. Terminada la dictadura, el nacionalismo vasco sale fortalecido al lograr juntar bajo el PNV a diferentes posturas y distintos líderes nacionalistas. (Carr, 2001, 139-141)

Los republicanos vascos, así como los catalanes, participaron en los acuerdos que le dan forma a la Segunda República Española, logrando compromisos que les otorgarían autonomía a sus comunidades. El nacionalismo vasco, sus posturas y líderes, se unieron fuertemente sobre la base de los principios

aranistas y tomando a la raza y la religión como bastiones de identidad vasca (Asamblea de Vergara, 1930). (Témime, 1995, 232)

Durante la Segunda República, el País Vasco intentó obtener la aprobación de su estatuto de autonomía y no lo consiguió sino hasta diciembre de 1935 después de tres proyectos fallidos. (Conversi, 2000, 76) Se refundaron las instituciones de gobierno autonómicas y lograron un buen equilibrio de poderes y buenas relaciones con las diferentes tendencias y grupos políticos del País Vasco. Sin embargo, este periodo de autonomía duró muy poco (9 meses) ya que sobrevino el estallido de la Guerra Civil que devastó al país por tres años.

En cuanto Bilbao cayó en manos de los nacionalistas de Franco (junio de 1937), el Estatuto de Autonomía Vasco fue derogado y toda organización o partido político fue nuevamente suprimido por la dictadura, esta vez por 40 años. En 1937, la aviación alemana bombardeó el poblado de Guernica, el cual constituyó el primer bombardeo aéreo de población civil de la historia. (2000, 77) Los franquistas se deslindaron de este hecho a pesar de que la zona era bastión de resistencia anti-franquista. Este acontecimiento quedó grabado en la memoria colectiva del pueblo vasco y alimentó el resentimiento y la oposición constante

de muchos sectores de la sociedad vasca contra Franco y su régimen.

El Gobierno Autónomo Vasco, cuyo presidente (*lehendakari*) era José Antonio Aguirre, fue condenado al exilio. Desde el exterior intentaron utilizar el apoyo de los aliados para presionar la salida de Franco del poder una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, sin éxito alguno. Se suscitó entonces una diáspora de la sociedad vasca por algunos países de Latinoamérica, principalmente México, Venezuela, Uruguay y Argentina y otras partes del mundo, ya que el acoso del régimen franquista contra esta comunidad fue constante. Después de 1947, el movimiento vasco en el exilio queda prácticamente aislado debido al inicio de la Guerra Fría y a la posición de la España franquista como bastión anticomunista en Europa Occidental. Esto permitió que Franco negociara con Estados Unidos y Gran Bretaña la creación de bases militares en territorio español para la defensa contra el comunismo, a cambio del reconocimiento internacional de su régimen. (2000, 81 -83)

España fue reincorporada poco a poco a la comunidad internacional, ingresando a la Organización Mundial de la Salud (1951), la UNESCO (1952) y finalmente la ONU en 1955, con lo

cual el régimen franquista ganó legitimidad y apoyo internacional en detrimento de los grupos nacionalistas en el exilio que fueron abandonados (vascos y catalanes por igual) (Grugel y Rees, 1997, 166) La falta de apoyo externo a la causa del nacionalismo vasco puede definirse como un factor más que ayudó a la radicalización del movimiento y de las demandas por autonomía en las décadas posteriores.

En los años cincuenta y sesenta, como se especifica en el capítulo anterior, se producen cambios considerables en el País Vasco con la industrialización y modernización económica de la zona. Una nueva ola de inmigrantes llega a las ciudades vascas, principalmente provenientes de la región de Castilla (centro de España). Aunado a cambios sociales, se produce un relevo generacional en muchos ámbitos (clerical, político, universitario) que transforma las demandas por autonomía e incorpora nuevas estrategias de lucha y presión contra el régimen central. Es una generación sin memoria de la Guerra Civil que está desencantada con las acciones llevadas a cabo por el PNV como representante político tradicional del nacionalismo vasco. En este contexto surgen grupos radicales de jóvenes dispuestos a enfrentar al régimen franquista con tácticas violentas de presión y lucha, objeto del siguiente apartado.

¿Cómo explicar la violencia?

Para Conversi, la ausencia de elementos culturales distintivos y compartidos es un factor importante para entender porqué el nacionalismo vasco viró hacia la violencia en contraste con el caso catalán. La cultura vasca autóctona, y en específico la utilización y aprendizaje de la lengua vasca o *euskera*, era privativa de las pequeñas comunidades rurales. En los centros urbanos como Guipúzcoa, Burgos y San Sebastián la lengua predominante en los años de la dictadura era el castellano, por lo que no existía una identidad cultural compartida y homogénea entre todos los vascos (2000, 162-164).³⁰

Asimismo, la distancia que separa al vasco del castellano es mucho mayor que la que separa al catalán del castellano (lenguas que comparten una misma raíz latina), con lo cual la

³⁰ En Cataluña, el 90% de la población total entendía el catalán, mientras que el 60% podía hablarlo y/o escribirlo. Por el contrario, en el País Vasco únicamente el 20% de la población entendía el *euskera*, llegando a un máximo de 35% en Guipúzcoa y otros centros urbanos, y a un mínimo de 4 -5% en ciudades más pequeñas como Araba. (Conversi, 2000, 163).

Según el EAS (Sistema de indicadores lingüísticos de Euskal Herria) en 2001, únicamente el 17% de la población total del País Vasco (4, 994, 032 habitantes) tenía el *euskera* como primera lengua o lengua materna, mientras que aproximadamente el 58% de la población sólo hablaba castellano o francés (tomando en cuenta el País Vasco Norte) desconociendo por completo el *euskera*. Esto muestra que el *euskera* no ha sido, ni lo es aún, una lengua autóctona bien difundida y aprendida por todos los vascos, aunque se argumenta que su utilización ha ido aumentando poco a poco, sobre todo entre las generaciones más jóvenes. (http://www1.euskadi.net/euskara_adierazleak.html) (El cálculo de porcentajes es mío)

homogeneización cultural en el País Vasco presentó siempre una dificultad mayor manteniendo una brecha cultural más profunda respecto de la cultura castellana. Al no compartir los mismos valores culturales, las poblaciones urbana y rural del País Vasco no constituyeron una base cultural nacionalista fuerte y cohesionada.

La violencia en el País Vasco se arraiga precisamente en esas comunidades rurales cerradas, sin contacto con inmigrantes, con menores posibilidades de asimilación al resto de España por la distancia que separa su lengua del castellano, y que son el reducto último de la cultura autóctona vasca. Esto permite entender porqué no se crearon valores culturales compartidos que sentaran las bases de un nacionalismo cultural. Asimismo, estas condiciones objetivas permiten entender porqué la violencia se arraigó como estrategia viable de supervivencia cultural y nacional. En comunidades cerradas y aisladas tanto geográfica como culturalmente, la disposición hacia la tolerancia y las estrategias moderadas es mucho menor que en aquellas acostumbradas al contacto con inmigrantes, más abiertas y menos distantes de la cultura dominante, en este caso, la castellana.

La cultura vasca, en específico la lengua, puede considerarse como minoritaria incluso hacia dentro del País Vasco, ya que no

era compartida por todos y no era un factor aglutinador de la población. Además, la lengua es de difícil aprendizaje por lo que su fomento era aún más complicado que en el caso catalán. El aprender *euskera* no era considerado como necesario o benéfico para la población local, de ahí que paulatinamente fuera cayendo en desuso en las ciudades dando paso al fomento del castellano en las poblaciones urbanas y entre las elites de la comunidad.

A falta de valores y lengua compartidos, los grupos más radicales del nacionalismo vasco optan por otro factor para brindar cohesión e identidad nacional: la violencia. Aunque la violencia no era la única alternativa o estrategia posible, si era en ese momento la opción más eficaz para generar una conciencia de grupo, es decir, para desatar un proceso rápido de creación de identidad nacional y de cohesión social en torno a ciertos fines políticos.

Para los líderes radicales del movimiento, la violencia era la alternativa más inmediata para dar a conocer su movimiento, sus demandas y para tratar de ganar apoyo popular dentro de una comunidad poco integrada culturalmente, de ahí que optar por la violencia constituyera una decisión racional para ellos. La violencia en contra de las fuerzas del orden del régimen franquista se convirtió, entonces, en el aglutinador del pueblo vasco, es

decir, la posición frente a las acciones violentas de ETA, una vez constituida, fue lo que definió este nacionalismo.

Hacia finales de los años cincuenta, el PNV dejó de ser el único representante legítimo del nacionalismo vasco, además de que perdió totalmente el control sobre los grupos de jóvenes más radicales que fueron los que optaron poco a poco por estrategias más violentas de lucha y presión frente al régimen. Es decir, el PNV dejó de ser el canal natural y más importante de expresión de demandas nacionalistas y de oposición al régimen franquista en el País Vasco. Esto abrió la puerta para el surgimiento y consolidación de diferentes grupos disidentes de corte radical integrados principalmente por jóvenes que, desencantados con la actuación de los viejos miembros del PNV, optaron por la revaloración cultural más intensa y, posteriormente, por la violencia como vía de supervivencia cultural.

Cuando el régimen franquista está bien consolidado hacia el interior y cuenta con reconocimiento internacional oficial, aunado a una buena situación económica, las elites políticas y económicas vascas reciben beneficios del régimen y por tanto pierden el ímpetu nacionalista (finales de los años cuarenta y cincuenta). Esto genera descontento en la militancia del partido, y en específico

entre los jóvenes que pugnan por una reestructuración del PNV. Asimismo, los integrantes de estas elites, del PNV en específico, mantienen vivo el recuerdo de la terrible Guerra Civil que asoló a España (1936-1939) y que desató actos de violencia y represión muy fuertes en el País Vasco. Esto los hizo más conservadores en cuanto a sus demandas, a sus estrategias y frente a la revaloración cultural que sería estandarte de las juventudes vascas.

Los jóvenes vascos del grupo EKIN mantuvieron comunicación con el PNV en 1955; sin embargo, estaban desesperados con el inmovilismo de éste y querían actuar de forma más decidida (Rubiralta, 1997, 78 y 79). El partido nacionalista histórico veía con recelo a los jóvenes más radicales y permitió que se salieran de su control o influencia. Esto favoreció la radicalización de estos grupos que empezaron a actuar sin la tutela de nacionalistas más conservadores. El PNV nunca logró crear una confederación de organizaciones que, a pesar de diferencias ideológicas y estratégicas, mantuviera la negociación y la coordinación con las facciones más radicales del nacionalismo vasco, renunciando a la violencia y tratando de homologar objetivos y estrategias frente a la dictadura.

Para entender porqué la ETA³¹ opta por la violencia, es necesario tomar en cuenta diferentes factores como el tamaño del grupo disidente y la penetración que poseía en la sociedad vasca. La ETA es, en sus inicios, un grupo minoritario en sus inicios con poca penetración en ámbitos urbanos que poco a poco va encontrando bases de apoyo rurales. Tiene sus orígenes en la década de los cincuenta y se forma a partir de grupúsculos de jóvenes preocupados por la aniquilación cultural inminente propiciada por el régimen franquista y favorecida por la pasividad con la que, según ellos, habían actuado los miembros del PNV.

Estas células de jóvenes radicales provienen de centros urbanos, en específico, de las universidades, donde junto con los intelectuales fueron los grupos más receptivos de nuevas ideas y acontecimientos. Los jóvenes de grupúsculos como EKIN (5 miembros en 1953, Bilbao y San Sebastián, significa “hacer”) y EGI (*Euzko Gastedi* del Interior, juventudes peneuvistas) se aliaron poco a poco hasta formar una organización cuyo cometido, en principio, era asegurar la supervivencia de la cultura vasca, la ETA. (Conversi, 2000, 83)

³¹ ETA (*Euzkadi 'ta Askatasuna*, que significa “Tierra y Libertad Vasca”). Nace el 31 de julio de 1959 con el apoyo de grupos juveniles de Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya y Álava. (Conversi, 2000, 90)

Esta organización presenta demandas y estrategias más radicales que las del PNV y organiza una resistencia activa en contra del régimen franquista. Encuentra su primer apoyo en las pequeñas comunidades rurales donde se preservaba la cultura autóctona como signo de lealtad y oposición al régimen, echando mano de sus redes interpersonales de organización. Estas comunidades le permitían a los miembros de ETA reducir los costos de ser apresados y reprimidos, ya que contaban con el apoyo de la población local que les brindaba protección y refugio.

Dichas comunidades estaban bien organizadas y el anonimato era casi imposible, con lo cual se hacía evidente la participación o no participación de todos sus miembros con la causa de ETA. Asimismo, puede observarse que los lazos del campesinado vasco con el régimen central son muy débiles debido a la brecha cultural y a la situación geográfica de estas comunidades. Dicha distancia fue aprovechada por ETA para granjearse el apoyo campesino con un discurso nacionalista para constituir así un movimiento más fuerte con mayor poder de negociación frente a la dictadura.

Dicha organización recluta trabajadores empobrecidos de estas comunidades que se ven forzados a emigrar a los

centros urbanos industriales del País Vasco debido a la acelerada industrialización de la región en los años sesenta. Se presentó entonces un desfase entre los rápidos cambios económicos y el sistema político, el cual permaneció inflexible y no brindó canales institucionales viables para expresar nuevas demandas. Este desfase permitió que ETA encontrara apoyo en estos sectores y en las comunidades de las cuales provenían. Asimismo, los inmigrantes son sujetos de reclutamiento al no poder integrarse a la sociedad que los recibía por medios culturales (como en Cataluña), por lo que se convierten en un sector proclive a apoyar la causa nacionalista vasca. (Rubiralta, 1997, 163)

La ETA adopta en principio una tendencia de izquierda, trotskista, inspirada en un viraje hacia la izquierda en toda Europa, en el Marxismo, en el Tercermundismo, en la Revolución Cubana, en el Maoísmo, en las guerras de Independencia en África (Argelia) y en las guerrillas de izquierda de América Latina. Concebía al País Vasco como una colonia interna de España a la que había que definir y liberar del yugo de la dictadura. Su estrategia principal consistía en Acción/Represión/Acción en contra del régimen y se empezó a desarrollar hacia mediados de los años sesenta (Conversi, 2000, 102). Además de no contar con

la capacidad militar y operativa para lograrlo, la ETA no tenía como objetivo principal derrocar al régimen central y hacerse del poder político nacional. Por el contrario, lo que buscaba era lograr la supervivencia cultural y la autodeterminación política de su comunidad histórica para formar su propio estado nacional.

Mientras que en Cataluña las acciones de grupos nacionalistas encontraban apoyo importante porque apelaban a valores culturales compartidos y bien difundidos, en el País Vasco se recurre a la violencia para cohesionar, pero también como estrategia para ganar más apoyo. La violencia, según Hechter (2000, 130), tiene mucho poder para atraer la atención de la opinión pública, y es utilizada por grupos nacionalistas para hacer notar su causa, para encontrar apoyo interno a su comunidad y también externo.

En un principio, los ataques de ETA estuvieron dirigidos principalmente contra miembros importantes del régimen franquista, es decir, tenían blancos específicos en contra de la dictadura. Desde inicios de los años sesenta se presentan actos violentos aislados por parte de ETA que demuestran su uso controlado de la violencia en esta etapa. Sólo hasta 1968 se presenta el primer asesinato político premeditado por esta organización en

contra de Melitón Manzanos, un jefe policial reconocido como torturador (Conversi, 2000, 99).

Este acontecimiento desató una ola de detenciones y represión en contra de miembros de ETA que desemboca en los Juicios de Burgos de 1970. Los asesinos de Manzanos fueron sentenciados a muerte, sin embargo el régimen se vio obligado a desistir ante la ola de apoyo masivo a los sentenciados tanto dentro como fuera de España. (Grugel y Rees, 1997, 82) Estos hechos le brindaron mucho apoyo a ETA por parte de sectores muy distintos, lo que comprobó la efectividad de usar la violencia en contra de blancos específicos de la dictadura para maximizar el apoyo a la causa de la organización y para cohesionar a la sociedad vasca en torno a un enemigo común.

Esto fue lo que le dio un sentido a las acciones de ETA, lo que legitimó de cierta forma su lucha, ya que usaban la violencia en contra de un gobierno central autoritario, represor y poco dispuesto a tolerar expresiones de nacionalismos periféricos. El uso de la violencia controlada, entonces, le permite a ETA dar a conocer su causa y hacerla identificable para la sociedad vasca. La ETA recibió apoyo de otras regiones de España y del exterior, por ejemplo, de la izquierda francesa que apoyaba a este grupo por enfrentarse directamente contra un régimen autoritario.

ETA, entonces, no ejerce la violencia de forma indiscriminada en contra de la sociedad civil, sino que controla el uso de la violencia y la dirige contra blancos muy específicos, por ejemplo, contra el Almirante Carrero Blanco en 1973. (Grugel y Rees, 1997, 82) Esto le permitió maximizar su apoyo político y su legitimidad dentro de la comunidad vasca, ya que de haber utilizado violencia indiscriminada su lucha no habría contado con este apoyo.³² Fue así como ganó el apoyo de sectores más conservadores o moderados de las ciudades, tradicionalmente burgueses como profesionistas, maestros, periodistas e incluso algunos miembros de la clase capitalista. Usando una táctica más moderada, esta organización logró cohesionar a estos sectores en torno a un enemigo común, la dictadura de Franco

La causa de ETA era enfrentarse a las fuerzas represoras del centro, era luchar en contra de la dictadura y sus representantes (en Madrid y en las ciudades vascas), era luchar por la autonomía del País Vasco, para lo cual una estrategia de violencia indiscriminada no habría resultado coherente con sus objetivos. Una estrategia de este tipo habría mermado considerablemente su capital político,

³² Hechter describe una lógica similar para el caso de Irlanda del Norte (2000, 130).

habría ahuyentado o disuadido a muchos de apoyar a ETA por tener como blanco a una sociedad civil por completo inocente.

Con la transición democrática puede observarse un cambio radical en las estrategias de ETA, y se observa también un incremento en el uso de la violencia que, ahora sí, abandona los blancos específicos y se desborda en contra de población civil. Al enfrentarse a un régimen democrático, la ETA pierde los argumentos que le daban validez y legitimidad a sus acciones. Antes tenían como blanco de la violencia al régimen dictatorial de Franco, pero en el nuevo contexto democrático sus tácticas, sus causas y sus argumentos cambian para seguir tratando de dotar a su lucha de apoyo y validez.

Lo anterior permite suponer de forma intuitiva que, previo a la transición, su naturaleza era distinta. ¿Qué provoca la transformación de las tácticas violentas de ETA con la transición democrática? Para futuros estudios queda el análisis de esta evolución y el estudio para saber cómo han fluctuado las bases de apoyo interno y externo de ETA (por ejemplo, la izquierda francesa que apoyaba a esta organización durante la dictadura cambia de posición y rechaza sus acciones violentas después de la transición democrática) hasta nuestros días. 🤖

VI. El nacionalismo catalán³³

El nacionalismo catalán presenta, en sus diferentes etapas históricas, dos propósitos claros: la defensa de una identidad cultural distintiva del resto de España, y la defensa de sus intereses económicos. Es una ideología nacionalista que reivindica un territorio histórico y el derecho a la autonomía política del centro con la consecuente existencia de instituciones de gobierno autonómico. Asimismo, constituye una postura política identificada fuertemente con la democracia (por la conveniencia de este tipo de régimen para sus reclamos autonómicos) y se inclina por una estrategia pacífica de supervivencia condenatoria de cualquier represión violenta.

A diferencia de otros nacionalismos, el catalán ha florecido en una región próspera y dinámica económicamente, con lo cual se ha alimentado por más tiempo y más fuertemente esta identidad propia y diferenciada del resto de España. El catalanismo adjudica

³³ Basado en:

Daniele Conversi, *The Basques, The Catalans and Spain*, Reno, University of Nevada Press, 2000.

Emile Témime, *et al.*, Historia de la España Contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días, Ariel Historia, pp. 165 - 170.

Jean Grugel y Tim Rees, *Franco's Spain*, Londres, Editorial Arnold, 2002, pp. 128 - 153.

a una mentalidad diferente y superior su desarrollo económico en comparación con el resto del país, en específico del centro. (Conversi, 2000, 11 y 12)

El renacimiento de la cultura catalana puede identificarse hacia mediados del siglo XIX con la *Renaixença*, un movimiento cultural muy importante que revaloró y fortaleció la utilización de la lengua catalana (2000, 14) Su punto culminante se presenta con la restauración de los Juegos Florales en 1859, donde la poesía y la literatura catalana encontraron un momento de esplendor. Estos acontecimientos se constituyen como los cimientos del nacionalismo cultural de Cataluña que a partir de entonces posicionó a la lengua catalana como centro de su identidad nacional. La *Renaixença* es un movimiento marcadamente burgués, desarrollado en Barcelona y otras ciudades de Cataluña. A pesar de la reticencia de las zonas rurales a lo proveniente de las grandes ciudades, sobre todo al capitalismo y otras tendencias económicas, la provincia catalana recibe y apoya el florecimiento cultural de la región, con lo cual se sientan las bases de valores culturales compartidos tanto en las grandes ciudades como en el campo (Témime, 1995, 166)

El regionalismo catalán no encuentra una expresión política concreta sino hasta los años 1880 con las aportaciones

de Valentín Almirall. Desde sus inicios, el nacionalismo catalán presenta diferentes tendencias políticas, principalmente de izquierda y derecha. Almirall es el fundador del *Centre Català* en 1882, la cual constituye una de las primeras organizaciones políticas bien organizadas y de carácter regionalista (1995, 167) Bajo esta organización, Almirall redacta el Memorial de Greuges (1887), que es una serie de reivindicaciones y reclamos por parte de la comunidad histórica de Cataluña hacia la corona española. En este texto se redefine la originalidad del pueblo catalán y se apuesta por una solución federal para España, en donde las comunidades históricas tengan un alto grado de autonomía y puedan convivir bajo un mismo estado. (1995, 167)

A partir de aquí puede observarse el dinamismo político de Cataluña. A diferencia del caso vasco, en Cataluña encontramos las aportaciones de diferentes intelectuales, ideólogos y líderes políticos a la causa del nacionalismo, así como la formación, fusión o disolución de múltiples organizaciones políticas regionalistas marcadamente plurales. El movimiento catalanista no presenta una sola organización política viable encargada de reivindicar las demandas de autonomía de la región, como en el caso vasco, sino que presenta una pluralidad de formaciones

políticas igualmente comprometidas con su carácter nacionalista, pero no necesariamente bajo los mismos ideales ni estrategias. Este dinamismo político sentó las bases de una cultura política institucional arraigada en la sociedad catalana.

Los miembros más derechistas (Guemirá y Permanyer, entre otros) del *Centre Catalá* de Almirall decidieron salirse de la organización y formar la *Lliga de Catalunya* en 1887. Dicha organización se convirtió en la protagonista de la política regional desplazando al *Centre Catalá*, el cual acabó disolviéndose. La *Lliga* contó con el apoyo decisivo de un grupo clave, los jóvenes. A las filas de la *Lliga* se incorporó el *Centre Escolar Catalanista*, con lo cual vemos la primera participación de jóvenes catalanes en la política de su región. Esto ayudó a desarrollar una cultura institucional incluso entre los sectores más jóvenes de la sociedad catalana. (1995, 167)

En 1891 se forma la *Unió Catalanista* con el apoyo de todas las organizaciones y partidos políticos regionalistas. En 1892 se redactan las Bases de Manresa que piden la existencia de un cuerpo legislativo o Parlamento catalán, y el restablecimiento de privilegios financieros y judiciales. (1995, 169) Este programa político fue utilizado sucesivamente hasta la dictadura de Primo

de Rivera. En 1897, la *Unió Catalanista* tomó una iniciativa en materia de política exterior ³⁴ que fue contestada con una fuerte ola de represión por parte del centro. Cataluña fue ocupada militarmente, los líderes de organizaciones políticas regionalistas fueron detenidos, entre otros actos de represión encaminados a suprimir cualquier intento de separación o independencia en Cataluña.

De la *Unió Catalanista* surgieron dos grupos, unos aliados a las políticas progresistas de Camilo García de Polavieja ³⁵ (quien estaba de acuerdo en otorgarle la autonomía a Cataluña) y los otros reticentes a aliarse con el centro. Éstos últimos formaron el *Centre Nacional Catalá* en 1899, el cual tuvo como figura predominante a Prat de la Riba. Sin embargo, volvieron a unirse en 1901 en la *Lliga Regionalista*, organización protagonista de la política regional hasta el inicio de la Segunda República en 1931. Esta nueva unión política reportó victorias electorales importantes en 1901 y en 1905 teniendo a Francesc Cambó como líder. (1995, 169)

En 1906 se presenta un hito en la historia de Cataluña con la formación de *Solidaritat Catalana* (1995, 169) Es una

³⁴ Los líderes de la *Unió Catalanista* enviaron un telegrama al rey de Grecia, Jorge I, en apoyo a la lucha de Creta contra el dominio turco. (Conversi, 2000, 21)

³⁵ Militar español y político progresista que proponía: unión administrativa de las cuatro provincias catalanas, autonomía universitaria, respeto al Código Civil catalán, reorganización municipal y derecho a la recaudación fiscal. (Conversi, 2000, 26)

coalición de todos los partidos y formaciones catalanistas tanto de izquierda como de derecha, grupos inmigrantes y nativos, regionalistas y centralistas, es decir, prácticamente la totalidad de posturas nacionalistas aliadas en una sola organización política. Su creación fue consecuencia de la represión y censura del gobierno central frente a lo que consideraron ofensas contra los símbolos nacionales españoles por parte de medios impresos de comunicación.

Solidaritat Catalana logró organizar una manifestación en contra de estos actos de aproximadamente 200,000 personas en las calles de Barcelona. Asimismo, en 1907 reportó una victoria electoral aplastante ganando 41 de 44 escaños de la asamblea regional. Este hecho histórico constituyó, en palabras de Maragall, la primera afirmación de la existencia de una colectividad consciente de si misma; fue la unidad de toda la “comunidad imaginada” en algo tangible. (Conversi, 2000, 28)

La unidad no duró mucho y surgieron nuevas tendencias contradictorias que separaron a los grupos y formaciones nuevamente. Surgió un movimiento llamado Lerrouxismo, encabezado por Alejandro Lerroux, el cual con una retórica republicana anticlerical y anticatalanista logró granjearse el

apoyo de los inmigrantes. (Carr, 2001, 79 y 80) Este movimiento le permitió a la elite catalana darse cuenta del marcado carácter burgués del nacionalismo catalán y de su incapacidad para incorporar a los inmigrantes. Sin embargo, la cultura siguió sirviendo como aglutinador efectivo y como expresión del nacionalismo en todos los niveles sociales.

En el ámbito cultural, el periodo 1880 – 1906 está marcado por el Modernismo en el arte catalán. Es un movimiento que reacciona contra el romanticismo y la *Renaixença* misma, provocando una explosión cultural que pone a Cataluña a la cabeza de la creación artística en España. Asimismo, orientó a toda la sociedad hacia nuevas tendencias artísticas e ideológicas provenientes de Europa, con lo cual Cataluña se convirtió en la región más vanguardista y desarrollada del país. Este movimiento permeó todas las áreas de creación artística y logró incluir nuevos grupos al nacionalismo catalán, entre ellos: maestros rurales, bajo clero urbano y rural, pequeños comerciantes, entre otros.

Florece las academias y ateneos en el campo y la ciudad, logrando la difusión de la cultura en todos los niveles sociales y aglutinando a los jóvenes en la expresión pacífica de su nacionalismo. Incluso se organizan programas de difusión

musical entre la clase trabajadora de la región. La cultura se muestra una vez más como la herramienta más poderosa de incorporación y asimilación a la causa nacionalista catalana. (Conversi, 2000, 34 y 35)

En 1909 se produce la Semana Trágica en Cataluña provocada por una huelga organizada por anarquistas y sindicalistas catalanes opuestos a participar en una intervención militar en Marruecos. El gobierno central impuso la Ley Marcial y se sucedieron días de enfrentamientos armados, saqueos, bombazos, asesinatos, quema de iglesias y conventos, asesinatos de miembros del clero, saqueo de tumbas, etc. Estos hechos dejaron una honda huella en la sociedad catalana, tradicionalmente no belicosa, y la enfrentaron a los peligros del nacionalismo radical y violento. (Carr, 2001, 110-112)

Una vez restablecido el orden, el gobierno nacional encabezado por Antonio Maura tuvo que resolver la cuestión de la autonomía catalana creando las Mancomunidades, las cuales tenían más poderes que los gobiernos provinciales y estaban más de acuerdo con las realidades históricas de cada provincia catalana. Maura le brindó a Cataluña los primeros atisbos de autogobierno y los catalanistas sabían que tenían que aprovechar dicha oportunidad al máximo.

Prat de la Riba toma importancia como figura dominante en el nacionalismo catalán a partir de 1907 cuando es electo Presidente de la Diputación de Barcelona (gobierno provincial). En su escrito *La nacionalitat catalana*, definió a Cataluña como la nación o patria de los catalanes, mientras que España era simplemente el Estado que los regía. Durante su gobierno se incrementan sensiblemente las actividades políticas, culturales y económicas de la región con el florecimiento de instituciones de diferentes tipos. Su ideología era moderada en el sentido de sus antecesores, como Almirall, por lo que también evita hablar de separatismo o independencia frente a España. (Conversi, 2000, 30)

Es en este momento de auge cultural que el filólogo Pompeu Fabra elabora toda la sistematización de la lengua catalana, dotándola de una ortografía, sintaxis y gramática común a través de sus obras: Normas Ortográficas (1913), Gramática Catalana (1918) y Diccionario General de la Lengua Catalana (1932). Con esto, el catalán se convirtió en un canal de expresión de una cultura viva, rica y moderna. (2000, 31)

En 1911, Prat de la Riba le propone al gobierno de José Canalejas la unión de las cuatro provincias catalanas en una misma entidad administrativa. Con algunos retrasos, sobre todo por el

asesinato del Primer Ministro Canalejas en 1912 a manos de un anarquista, en 1914 se aprobó la creación de la *Mancomunitat de Catalunya* que serviría como el cuerpo administrativo coordinador de las cuatro provincias catalanas: Barcelona, Tarragona, Lleida y Girona. La *Mancomunitat* pronto se convirtió en una institución sumamente activa, gracias a la dinámica heredada por Prat de la Riba, y fue generadora de muchas instituciones de autogobierno nuevas que permearon todos los ámbitos de la sociedad catalana, poniéndola a la vanguardia económica, social, política y cultural de toda España. (2000, 31 y 32)

Sin embargo, las relaciones con la corona española no mejoraron, haciendo que Cataluña se hiciera cada vez más adepta a la ideología republicana. Para 1917, y contagiada por los acontecimientos internacionales, Cataluña experimenta una ola de violencia y terrorismo aguda, con lo cual se radicalizaron las posiciones tanto del centro como de los nacionalistas. Las manifestaciones nacionalistas se hicieron más violentas, con la quema de banderas españolas por ejemplo, y se favoreció el uso ilegal del catalán en las escuelas y universidades.

Este clima provocó la creación de organizaciones políticas más radicales en sus demandas, como por ejemplo *Estat Catalá*.

Esta organización fundada por un ex militar del ejército español, Francesc Maciá, enarboló el separatismo como propuesta política ante la intransigencia del centro. Otra organización surgida en este momento fue *Acció Catalana* que contó con el apoyo de la izquierda y logró entablar alianzas con formaciones políticas vascas y gallegas. (2000, 33 y 34)

La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), mediante decreto, proscribió la bandera catalana y el uso del catalán, e instauró tribunales militares para juzgar cualquier ofensa o atentado contra la unidad nacional. (Témime, 1995, 140) Se suspendieron todas las organizaciones y partidos políticos locales, así como cualquier reunión o manifestación de carácter nacionalista. Se prohibió la enseñanza y la utilización de cualquier lengua distinta del castellano en las universidades del país. Los líderes nacionalistas catalanes fueron apresados con argumentos poco convincentes y toda organización catalanista vio suspendida sus actividades y derechos. Primo de Rivera decide deponer al Presidente de la *Mancomunitat* en 1925 para finalmente suprimirla del todo.

A pesar de todas las prohibiciones, la cultura catalana sobrevivió en la clandestinidad refugiada en algunas instituciones

académicas. Las acciones emprendidas por la dictadura contra la cultura catalana, en específico la lengua, no sólo afectaron a las elites intelectuales, sino que afectaron al resto de la sociedad. Se prohibieron los letreros en catalán en la vía pública y su utilización en el catecismo católico, con lo cual la amenaza de aniquilación permeó todos los estratos sociales. (Conversi, 2000, 37) La represión durante la dictadura de Primo de Rivera sólo fomentó y fortaleció los sentimientos nacionalistas de Cataluña. Una vez desaparecida la dictadura en 1930, la lengua y cultura catalanas resurgieron con mayor fuerza y se difundieron más que antes en nuevas academias e instituciones de enseñanza.

La Segunda República (1931-1936) se funda como resultado del Pacto de San Sebastián de 1930, el cual fue fuertemente apoyado por Cataluña. Tres partidos políticos catalanes enviaron delegados a San Sebastián: *Estat Catalá*, *Acció Catalana* y el recién fundado *Acció Catalana Republicana*. Estos partidos políticos apoyaron el pacto tanto por la proclividad republicana de Cataluña, como por las garantías obtenidas de respeto a la distinción de esta región como nación. (2000, 38)

En 1931 se funda *Ezquerra Republicana de Catalunya* (ERC) bajo el mando del reconocido catalanista Francesc Maciá,

y logró conjuntar los proyectos políticos de varios grupos y formaciones de izquierda. Esta alianza obtuvo importantes victorias electorales que le permitieron a Maciá ocupar la presidencia de la *Generalitat* una vez restablecida en 1932, y hasta su muerte. Comienza una época de reformas importantes en diferentes sectores, sobre todo en el sistema educativo catalán que se convierte en uno de los más avanzados no sólo de España sino de toda Europa.

Hacia 1934, la *Generalitat* está ocupada por un gobierno de izquierda que se enfrenta crecientemente ante un gobierno central de derecha que bloquea sistemáticamente cualquier intento de reformas encabezadas por el gobierno autónomo. El conflicto político escala de nivel y el presidente de la *Generalitat*, Luis Companys, decide declarar la autonomía total de Cataluña proclamando la República Catalana. Dicho acto fue contestado por Madrid con una ola de represión que encarceló a todos los líderes nacionalistas de la *Generalitat*, a más de tres mil políticos catalanes, además de ocupar la ciudad de Barcelona y suspender temporalmente el Estatuto de Autonomía.

Hacia 1936, Cataluña vira aún más hacia la izquierda y el gobierno autónomo está controlado por anarquistas, sindicalistas

y marxistas. En este marco político se presenta el levantamiento militar de julio de 1936 encabezado por el Gral. Franco que inicia la Guerra Civil Española (1936-1939). Los trabajadores catalanes se suman a la huelga general del resto del país y la *Generalitat* empieza a funcionar como el gobierno de un estado prácticamente soberano. Cataluña peleó por la República hasta que en enero de 1939 cayó Barcelona en manos de los nacionalistas de Franco.

Con el inicio de la dictadura, Cataluña pierde nuevamente su Estatuto de Autonomía, la *Generalitat* es disuelta una vez más, los líderes catalanistas son apresados, exiliados o ejecutados, los partidos políticos son proscritos y se impone por más de seis meses una ocupación militar de la región. Cataluña, y el resto de las comunidades autonómicas se enfrentaron a un régimen decidido a llevar a cabo el proceso de creación del Estado nacional que no se había podido lograr desde siglos atrás. En el caso catalán, el régimen franquista decidió extirpar de raíz el uso de la lengua autóctona e intentó borrar por completo cualquier manifestación nacionalista de carácter político o cultural.

El Instituto de Estudios Catalanes, por ejemplo, fue cerrado y sustituido por un Instituto Español de Estudios Mediterráneos. Asimismo, en las universidades fue prohibida la enseñanza en

catalán y cientos de maestros fueron sustituidos por profesores castellanos y extremeños (aproximadamente 700) como vehículo de asimilación a la cultura nacional. Esta purga de profesores no tiene paralelo en ninguna otra región de España (2000, 112) Todos los símbolos nacionales catalanes restablecidos durante la Segunda República fueron nuevamente proscritos y cualquier persona sorprendida utilizando el catalán era sujeta de aprehensión.

Más de 500,000 españoles se exiliaron en 1939, de los cuales 200,000 provenían de las provincias catalanas, con lo cual se demuestra la dureza de la represión franquista y sus evidentes intenciones de aniquilar una cultura regional bien arraigada histórica y socialmente como la catalana (2000, 113). Esta evidencia empírica muestra un alto nivel de represión también en Cataluña, no sólo en el País Vasco, de ahí el poco poder explicativo de la represión estatal para entender las diferencias entre los dos nacionalismos.

Debido a esta solidez de la cultura catalana y a su fortalecimiento durante el tiempo, los intentos del franquismo fueron insuficientes para extirparla. El catalán, catalogado por el régimen como un simple dialecto del español, sobrevivió de forma clandestina junto con toda manifestación cultural autóctona. El

desarrollo del nacionalismo catalán, centrado básicamente en valores culturales compartidos y difundidos en todos los estratos sociales, tanto en ciudades como pueblos, permitió que durante la dictadura la cultura funcionara como aglutinador del pueblo catalán y sobre todo como válvula de escape para demostraciones nacionalistas. Es decir, la cultura fungió como antídoto de la violencia al ser un medio efectivo, poderoso y evidente de expresión nacionalista frente al régimen central.

La expresión cultural y la participación política como estrategia dominante: ¿Por qué?

El nacionalismo catalán permite estudiar el efecto real que tiene la existencia de un sustrato cultural fuerte y cohesionado en las manifestaciones y las estrategias utilizadas para expresar demandas y para luchar por la supervivencia de una comunidad nacional de forma pacífica. En sus claras diferencias con el nacionalismo vasco, el caso catalán arroja luz sobre el papel central de los partidos y formaciones políticas regionales como canales institucionales viables de negociación y agregación de demandas.

Mientras que en el País Vasco un solo partido monopolizaba la vida política de la región, en Cataluña se desarrolló un clima político más plural y diverso que dinamizó el espectro político y le presentó a la sociedad catalana una gama mayor de opciones políticas para expresar demandas de tipo nacionalista. Este canal institucional abierto de presión y lucha frente al centro, combinado con una sociedad cohesionada culturalmente y en torno a intereses comunes, evitó que Cataluña se sumiera en la violencia y posteriormente el terrorismo como el País Vasco.

En el aspecto cultural, el uso y aprendizaje del catalán estaban más difundidos entre poblaciones de distintas características (urbanas y rurales), a diferencia de lo que ocurría con el *euskera* en las provincias vascas. Además, la población catalana ha sido mayoritariamente urbana, lo cual predispuso a esta sociedad a ser más receptiva, más integradora y menos cerrada respecto del exterior. Asimismo, el catalán, siendo una lengua más cercana al castellano, podía ser aprendido por los inmigrantes y disminuía la brecha respecto de la cultura del centro (Conversi, 2000, 163).

El catalán era considerada una lengua necesaria de aprender, se constituía como la máxima expresión del nacionalismo catalán, estaba mucho más difundida entre la población e incluso entre

inmigrantes.³⁶ La lengua se convierte en el factor aglutinador que le da cohesión e identidad nacional al pueblo catalán. En su libro El nuevo nacionalismo radical, Rubiralta afirma que,

El principal rasgo definidor [...] de este contenido nacional es, sin duda, la lengua, que es el factor determinante del marco nacional catalán [...] dentro de un nacionalismo que [...] pone en la función política de la lengua no solamente la mayor característica diferenciadora, sino también la esencia máxima de la nación. (Rubiralta, 1997, 134)

Esta diferencia permite entender porqué en Cataluña sí se desarrolla un nacionalismo cultural fuerte y primordialmente pacífico a diferencia de lo que ocurre en el País Vasco.

En cuanto al papel de los partidos políticos, en Cataluña no se presenta un rompimiento total entre generaciones, aunque

³⁶ La encuesta sobre conocimiento del catalán llevada a cabo por el Instituto de Estadística de Cataluña muestra las siguientes cifras para 2001, las cuales permiten entender la importancia del catalán como lengua autóctona bien difundida, conocida y utilizada por la población local: de un total de 6, 215, 000 habitantes en Cataluña en 2001, el 94.48% entendía perfectamente el catalán, el 74.46% lo hablaba, el 74.21% lo leía y el 49.70% lo escribía correctamente. Asimismo, son los jóvenes entre 15 y 29 años quienes mayores indicadores tienen en cada rubro, seguidos por las personas entre 30 y 44 años, con lo cual se espera que estos indicadores aumenten en el tiempo consolidando el uso y aprendizaje del catalán. (<http://www.idescat.net/dequavi.html>)

sí existieron momentos de conflicto entre los dirigentes de formaciones políticas como el FNC (Frente Nacional de Cataluña) y los jóvenes universitarios poseedores de ideas más radicales. Sin embargo, a pesar de las diferencias ideológicas y en estrategias, existe continuidad en cuanto al proyecto nacionalista, subyacen objetivos comunes y no se alimenta el recelo y la desconfianza entre generaciones como ocurrió en el País Vasco.

Los partidos políticos, sin importar diferencias ideológicas, comparten expectativas y proyectos nacionalistas centrados en la revaloración y fomento de la cultura autóctona (lengua principalmente). En este caso, es el canal institucional el principal receptor de las demandas nacionalistas, es decir, los partidos y formaciones políticas están identificados con las expectativas de la población y con el proyecto nacionalista.

En el caso catalán se constituyeron una serie de alianzas singulares muy importantes, por ejemplo, entre el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) y la Iglesia. Ambos trataban la cuestión social en lo referente a la asimilación de inmigrantes, y estaban identificados con la cuestión nacional. También estaban comprometidos con la revaloración cultural, con la supervivencia de la cultura autóctona y con el fomento de la lengua catalana,

proyectos en común que les permitieron actuar en direcciones paralelas.

Asimismo, se presenta una alianza de todas las fuerzas políticas (comunistas, socialistas, nacionalistas, independentistas, demócratas-cristianos) y la iglesia en apoyo a los estudiantes, profesores e intelectuales que formaron el Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB) en 1966. (Conversi, 2000, 130-131) Este acontecimiento, conocido como la *Caputxinada*, fue reprimido por el régimen franquista lo cual detonó una ola de apoyo popular masivo.

Los partidos políticos, instigados por el PSUC, conformaron un cuerpo coordinado llamado Mesa Redonda que consolidó a la oposición antifranquista en Cataluña. En 1971, se crea la Asamblea de Cataluña que aglutina una vez más a todas las fuerzas políticas de oposición al régimen bajo un mismo proyecto: amnistía a prisioneros políticos, libertad de expresión y asociación, y reimplantación del Estatuto de Autonomía de 1932 (Conversi, 2000, 136).

Estas alianzas políticas, identificadas directamente con las demandas populares, permiten establecer un vínculo entre la población, los jóvenes incluidos, y las élites políticas. Son los

partidos y formaciones políticas quienes representan a la población y quienes se comprometen con la supervivencia y revaloración cultural, es decir, todos comparten un mismo esquema de valores culturales fuerte que cohesiona la sociedad catalana y que legitima el canal institucional de los partidos políticos como representantes del nacionalismo catalán y como aglutinadores de demandas de oposición.

Los partidos políticos catalanes no perdieron legitimidad frente a su población, la gente no se desencanta con su actuación y por eso se reduce considerablemente el posible apoyo hacia alternativas más violentas de acción. El nacionalismo cultural es muy fuerte y es la bandera que enarbolan todos, y es además el fuerte cimiento que sustenta las peticiones de autonomía política frente al centro.

El FNC ³⁷ es una formación política nacionalista que para la década de los sesenta cuenta con una estructura bien organizada que permite reclutar constantemente a nuevos miembros jóvenes que provienen, principalmente, de universidades como la de Barcelona. Esta formación cumplía con una función de reclutamiento natural de nuevos miembros. Sin embargo, en el

³⁷ *Front Nacional de Catalunya*

seno del FNC se dio un rompimiento fuerte entre los miembros tradicionales y los jóvenes universitarios que formaban parte de sus filas y que se inclinaban por ideas y estrategias más radicales. Se organizaron varios Congresos Nacionales (1967-1968) para zanjar estas diferencias y evitar la escisión, sin embargo el rompimiento no pudo evitarse (Rubiralta, 1997, 137-142).

Surgió en 1969 el PSAN³⁸ como nuevo partido político conformado mayormente por jóvenes, pero el FNC consiguió mantener un canal de negociación y coordinación con esta nueva formación nacionalista. Se creó una especie de confederación en donde ambas formaciones coexistirían y negociarían al amparo de una organización “madre”. Es decir, aunque hay un desfase generacional en el nacionalismo catalán, ambos grupos renuncian de inicio al uso de la violencia y se comprometen a actuar de forma coordinada (Rubiralta, 1997, 142-154). El FNC logró lo que no pudo hacer el PNV, es decir, controlar de cierta forma a los grupos de jóvenes más radicales manteniendo canales de comunicación abiertos con ellos.

Los partidos y formaciones políticas, entonces, no fragmentaron a la sociedad catalana sino que aglutinaron

³⁸ *Partit Socialista d'Alliberament Nacional dels Països Catalans*

sus demandas al contar con legitimidad para representar sus aspiraciones nacionalistas. Al existir un canal institucional abierto, receptor efectivo de demandas y de nuevos miembros, se redujo considerablemente la probabilidad de adoptar y apoyar estrategias violentas porque no había desencanto ni frustración total frente a estrategias pacíficas de resistencia contra la dictadura.

En el recuento histórico del nacionalismo catalán pueden observarse periodos de represión intensos de las manifestaciones nacionalistas, de la cultura autóctona y de la dinámica vida política de la región. Es una comunidad que en su histórica lucha por la autodeterminación sufrió las represalias de distintos gobiernos autoritarios decididos a extirpar sus diferencias culturales para integrar a Cataluña por completo al estado español. Es decir, también en Cataluña hay una memoria viva de represión (sobre todo durante la dictadura de Primo de Rivera, durante la Guerra Civil y por supuesto bajo la dictadura franquista) que podría haber sido explotada por las elites catalanas para radicalizar el movimiento nacionalista.

Sin embargo, esta memoria de represión y violencia, si bien no fue olvidada ni rechazada, no constituyó el elemento central de cohesión nacionalista de Cataluña. No puede

observarse un énfasis en el pasado violento ni una reproducción de agravios históricos contra la comunidad como parte central en la construcción de la identidad catalana. Asimismo, no puede encontrarse un componente étnico tan marcado como en el caso vasco que, alimentado por memorias violentas, habría radicalizado al nacionalismo catalán y lo habrían predispuesto más hacia el uso de la violencia como estrategia de acción.

Siguiendo los argumentos sobre creación de identidades, y en específico, sobre la “construcción cultural del miedo” como detonante de la violencia étnica, puede tomarse el caso catalán como ejemplo de la influencia que puede tener la creación de una identidad en el desarrollo de un nacionalismo. El énfasis del catalanismo fue siempre la cultura, y en ese elemento central se construye la identidad del grupo. La expresión cultural como estrategia de lucha y supervivencia no da cabida a métodos violentos de acción y, además, desincentiva el apoyo a cualquier alternativa de este tipo. Si bien la dinámica política de Cataluña y la presencia de canales institucionales más eficaces y arraigados puede aportar una parte sustancial de la explicación, la dimensión cultural en la identidad catalana incorpora elementos que no pueden ignorarse y que son útiles para entender la ausencia de violencia en este caso específico. 🍷

VI • Conclusiones

La cultura como antídoto contra la violencia; es éste el planteamiento central de la presente investigación. Esta tesis está inspirada en una paradoja evidente entre dos movimientos nacionalistas que coexisten en un mismo país y que estuvieron sujetos a los mismos arreglos institucionales a lo largo del tiempo: el catalán y el vasco. Dichos nacionalismos autonómicos evolucionaron en trayectorias distintas y optaron por estrategias de lucha y supervivencia diametralmente opuestas.

El primero se refugia en la cultura y la utiliza como expresión básica de su identidad nacional y como factor indispensable de cohesión social, haciendo de ella una herramienta activa (no sólo simbólica) de lucha, de negociación y de supervivencia frente a intentos claros de aniquilación política y cultural. El segundo no encuentra en la cultura la alternativa necesaria para detonar la cohesión social ni la puede utilizar como herramienta de lucha, con lo cual se abre la puerta a la violencia como sustituto perverso a estrategias pacíficas de resistencia frente a los mismos intentos de aniquilación cultural.

La violencia y la cultura se contraponen en su esencia, sin embargo en la práctica cumplen con objetivos similares cuando se ponen al servicio de una causa nacionalista, ya que ambas son mecanismos efectivos de cohesión social, de creación de una identidad nacional, de agregación de intereses y como métodos para llamar la atención sobre la problemática de la comunidad nacional. Sin embargo, el balance en términos de costos y beneficios es completamente diferente. Si la violencia puede cumplir con objetivos similares a los de la cultura, lo logra a través de costos mucho mayores (económicos, humanos, políticos, etc) y no reporta los beneficios duraderos que anhela una comunidad nacional a largo plazo.

La violencia termina por polarizar más que por integrar, y termina también por deslegitimar cualquier causa política por más justa que ésta sea. En los casos de estudio que inspiran esta investigación podemos comprobar que las alternativas pacíficas de negociación, en comparación con las violentas, han producido beneficios mucho más sustanciosos y permanentes en términos de autonomía política y respeto a culturas autóctonas.

De forma más concreta, este análisis propone el estudio de la identidad cultural de una comunidad nacional como

elemento que ayuda a explicar las estrategias utilizadas (violentas o pacíficas) para asegurar su supervivencia frente un régimen central con objetivos integradores. Además, permite profundizar en un factor de tipo institucional, el papel de los partidos y formaciones políticas regionales, para conocer sus consecuencias directas sobre las estrategias y la evolución de un determinado nacionalismo.

Es la interacción de estos factores quienes condicionan directamente la decisión de un grupo nacionalista de optar o no por estrategias violentas de acción. Un sustrato cultural homogéneo y sólido reduce la necesidad de buscar otros mecanismos para detonar la conciencia nacional, por ejemplo la violencia. Asimismo, un canal institucional viable es determinante en el grado de radicalización de un grupo nacional frente a un estado central. Es claro que un estado abierto y receptivo (de naturaleza más democrática) será más proclive a la negociación y le dará mayores espacios de expresión a un grupo disidente, con lo cual optar por la violencia no es ni racional, ni conveniente en términos de costo-beneficio, ni legítimo para este último.

En el aspecto cultural es difícil propiciar un proceso de integración en torno a una identidad común de forma repentina,

con lo cual se podría descartar la violencia como alternativa viable. Sin embargo, un estado central puede mantener abierto de forma permanente uno o varios canales institucionales de negociación y diálogo político que funjan como válvula de escape para las demandas de grupos nacionalistas (o de otro tipo). La violencia no es la única alternativa a las manifestaciones pacíficas de una identidad nacional, pero contiene el poder de llamar poderosamente la atención sobre un movimiento y de cohesionar en torno a intereses específicos a un grupo nacional poco identificado entre sí en otros términos, lo cual la sitúa como alternativa racional y deseable para los líderes de un grupo nacionalista.

Asimismo, la violencia es una estrategia que contiene un elemento polarizador muy fuerte que puede ahuyentar el apoyo de ciertos sectores moderados que no aceptan la violencia como estrategia de lucha. Sin embargo, ante regímenes autoritarios partidarios de la represión, las opciones violentas de presión y supervivencia cobran legitimidad incluso para sectores moderados que también quieren evitar la aniquilación cultural y política de su nación; es una cuestión de reciprocidad entre víctima y victimario, en este caso, entre los métodos utilizados por el estado central y los que debe utilizar el movimiento nacionalista para combatirlo.

En relación directa con los casos estudiados, esta investigación argumenta que mientras en el País Vasco el PNV era prácticamente el único partido político regional bien organizado y conformado, en Cataluña había una pluralidad de partidos y formaciones con varias tendencias que, a pesar de sus diferencias, compartían un proyecto nacional común para Cataluña. En el País Vasco, el PNV monopoliza la vía institucional de expresión de demandas, y cuando pierde este monopolio, el pueblo vasco se queda sin opciones para canalizar sus demandas contra el régimen. Esto fue lo que abrió la puerta a la formación de grupos disidentes marginados de cualquier canal institucional, es decir, se aumenta la probabilidad de adoptar la violencia ante la frustración y la incapacidad de expresar demandas nacionalistas de forma pacífica.

En Cataluña, si un partido se hubiera desprestigiado (tal vez por el descontento de nuevas generaciones como en el caso del PNV), habrían permanecido como alternativas viables otros partidos bien constituidos con aspiraciones nacionalistas similares, igualmente comprometidos con la revaloración cultural y con la autonomía de la comunidad. Esto habría reducido la posibilidad de que la violencia se consolidara como estrategia viable de lucha.

En síntesis, es la ausencia de un canal institucional viable (debida al desprestigio y frustración frente al PNV) lo que explicaría el surgimiento de grupos disidentes más proclives a la violencia en el País Vasco, pero es la ausencia de una identidad cultural fuerte y arraigada la que explicaría la utilización de la violencia como factor de cohesión y de creación de bases de apoyo para ETA. En Cataluña es la persistencia del canal institucional abierto lo que evita el vuelco hacia estrategias violentas, pero es su fuerte identidad cultural como factor de cohesión social quien explicaría porqué la violencia no se arraigó como estrategia de lucha ni como medio para crear bases de apoyo.

Esta investigación analiza, asimismo, las causas que condicionaron la adopción de la violencia por parte de ETA. Argumenta que el uso de esta estrategia fue de forma controlada durante la dictadura, ya que esta organización constituía un grupo minoritario en busca de apoyo de sectores diferentes. El uso indiscriminado de la violencia habría sido incongruente con sus fines y habría desincentivado el apoyo a su causa por parte de una gama más amplia de sectores sociales. Es una elección basada en la ineficacia de estrategias pacíficas de negociación frente al centro utilizadas desde siglos atrás sin resultados satisfactorios.

La violencia se alimenta de la frustración y los agravios históricos de una comunidad nacional que, además, es particularmente ajena (étnica y culturalmente) al estado que la contiene y al resto de las comunidades históricas de España.

La opción nacionalista violenta del País Vasco dejó de contar con legitimidad y apoyo una vez terminado el periodo dictatorial y consolidado el proceso de transición democrática. Las posturas más radicales del nacionalismo vasco no tienen cabida en el sistema político español de la actualidad, y ETA ha dejado de ser la representante legítima de las aspiraciones de autonomía del pueblo vasco. En el caso catalán, sigue siendo la cultura y la lengua el estandarte básico de su nacionalismo, y sus estrategias no violentas e institucionales de negociación han conservado legitimidad histórica y moral, y han sido eficaces en conseguir un grado creciente de autonomía política frente al estado central.

La misma eficacia han logrado las negociaciones institucionales que a partir de la transición han sostenido el PNV (y una gama mayor de organizaciones políticas vascas de tipo pacífico) con el estado central. El País Vasco goza hoy de altos niveles de autonomía, comparables sólo con los de Cataluña, conseguidos no por la presión del terrorismo de ETA, sino por la

utilización adecuada de los canales propios de negociación de una democracia como la española.

Estas observaciones permitirían plantear algunas preguntas de investigación ¿Por qué la llegada de la democracia en España desató la competencia por mayor autonomía en cada región? ¿Por qué la violencia de ETA se intensifica en lugar de disminuir con la transición democrática? ¿Con el fin de la dictadura, las acciones violentas de ETA han ido perdiendo apoyo y legitimidad o esta organización mantiene todavía un fuerte arraigo social en el País Vasco?

Este estudio permitiría entender los antecedentes de un problema por demás actual en la realidad política española, donde la autonomía de las comunidades y la violencia (terrorismo) son temas de debate cotidiano. Asimismo, las preguntas de investigación propuestas permitirían vislumbrar ciertas perspectivas a futuro tanto en la situación de las demandas de autonomía como del terrorismo en un contexto político complejo y fragmentado como el de la España actual.

Es de vital importancia abordar el análisis sobre distintas expresiones nacionalistas para encontrar las formas adecuadas y las políticas públicas necesarias para administrar un país

multicultural y descentralizado como España. Esto con el fin de evitar nuevas expresiones violentas y para tratar de erradicar éstas como estrategia de lucha y presión política en una democracia que tiene canales institucionales abiertos y consolidados de negociación política. 🤝

VII. Bibliografía

Anderson, Benedict. 1993. Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, México, Fondo de Cultura Económica.

Bollen, Kenneth y Juan Díez Medrano. 1998. “Who are the Spaniards? Nationalism and Identification in Spain”, *Social Forces*, Vol. 77, No. 2, pp. 587-621.

Carr, Raymond. 2001. España: de la Restauración a la Democracia 1875-1980, Barcelona, Editorial Ariel, 7ª edición.

Colomer, Josep M. 1986. Cataluña como una cuestión de Estado, Madrid, Tecnos.

Conocimiento del Catalán. 2001. Encuesta realizada por el Instituto de Estadística de Cataluña. Generalitat de Catalunya. <http://www.idescat.net/dequavi>

Conversi, Daniele. 2000. *The Basques, the Catalans and Spain: Alternative Routes to Nationalist Mobilisation*, Reno, University of Nevada Press.

Elorza, Antonio (coord.). 2000. La historia de ETA, Madrid, Temas de hoy.

Gellner, Ernest. 1991. Naciones y nacionalismo, México, Alianza Editorial.

Grugel, Jean y Tim Rees. 1997. *Franco's Spain*, Londres, Arnold Publishers.

Gurr, Ted Robert. 1993. *Minorities at Risk. A Global View of Ethnopolitical Conflicts*, Washington D.C., United States Institute of Peace Press.

2000. "Nonviolence in Ethnopolitics. Strategies for the Attainment of Group Rights and Autonomy", *Political Science and Politics*, Vol. 33, No. 2, pp. 155-160.

Hechter, Michael. 2000. *Containing Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press.

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger. 1993. *The Invention of Tradition*, Nueva York, Cambridge University Press.

Hobsbawm, Eric. 1998. Naciones y Nacionalismo: programa, mito y realidad, Barcelona, Crítica.

1992. "Ethnicity and Nationalism in Europe today", *Anthropology Today*, Vol. 8, No. 1, pp. 3-8.

Laitin, David D. 1989. "Linguistic Revival: Politics and Culture in Catalonia", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 31, No. 2, pp. 297-317.

1986. *Hegemony and Culture. Politics and Religious Change among the Yoruba*, Chicago, University of Chicago Press.

1992. *Language Repertoires and State Construction in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press.

Laitin, David D. y Rogers Brubaker. 1994. "Ethnic and Nationalist Violence", *Annual Review of Sociology*, Vol. 24, pp. 423-452.

Laitin, David D. y James D. Fearon. 2000. "Violence and the Social Construction of Ethnic Identity", *International Organization*, Vol. 54, No. 4, pp. 845-877.

Lichbach, Mark Irving. 1987. "Deterrence or Escalation? The Puzzle of Aggregate Studies of Repression", *The Journal of Conflict Resolution*, vol. 31, num. 2, pp. 266-297.

Menes, Bonnie. 1985. Reseña sobre "Naciones y nacionalismo: programa, mito o realidad", *The American Journal of Sociology*, Vol. 91, No. 3, pp. 720-722.

Powell, Charles. 2001. España en democracia, 1975-2000: Las claves de la profunda transformación de España, Barcelona, Plaza & Janés Editores.

Powell, G. Bingham. 1982. *Contemporary Democracies. Participation, Stability, and Violence*, Cambridge, Harvard University Press.

Rubiralta Casas, Fermí. 1997. El nuevo nacionalismo radical: Los casos gallego, catalán y vasco (1959-1973), San Sebastián, Tercera Prensa.

Sistema de indicadores lingüísticos de Euskal Herria (EAS). 2001. Estadísticas sobre uso de la lengua. Viceconsejería de Política Lingüística del Departamento de Cultura de Euskadi. http://www1.euskadi.net/euskara_adierazleak.html

Tarrow, Sidney. 1998. *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Témime, Émile, *et al.* 1995. Historia de la España contemporánea: desde 1808 hasta nuestros días, Barcelona, Editorial Ariel.